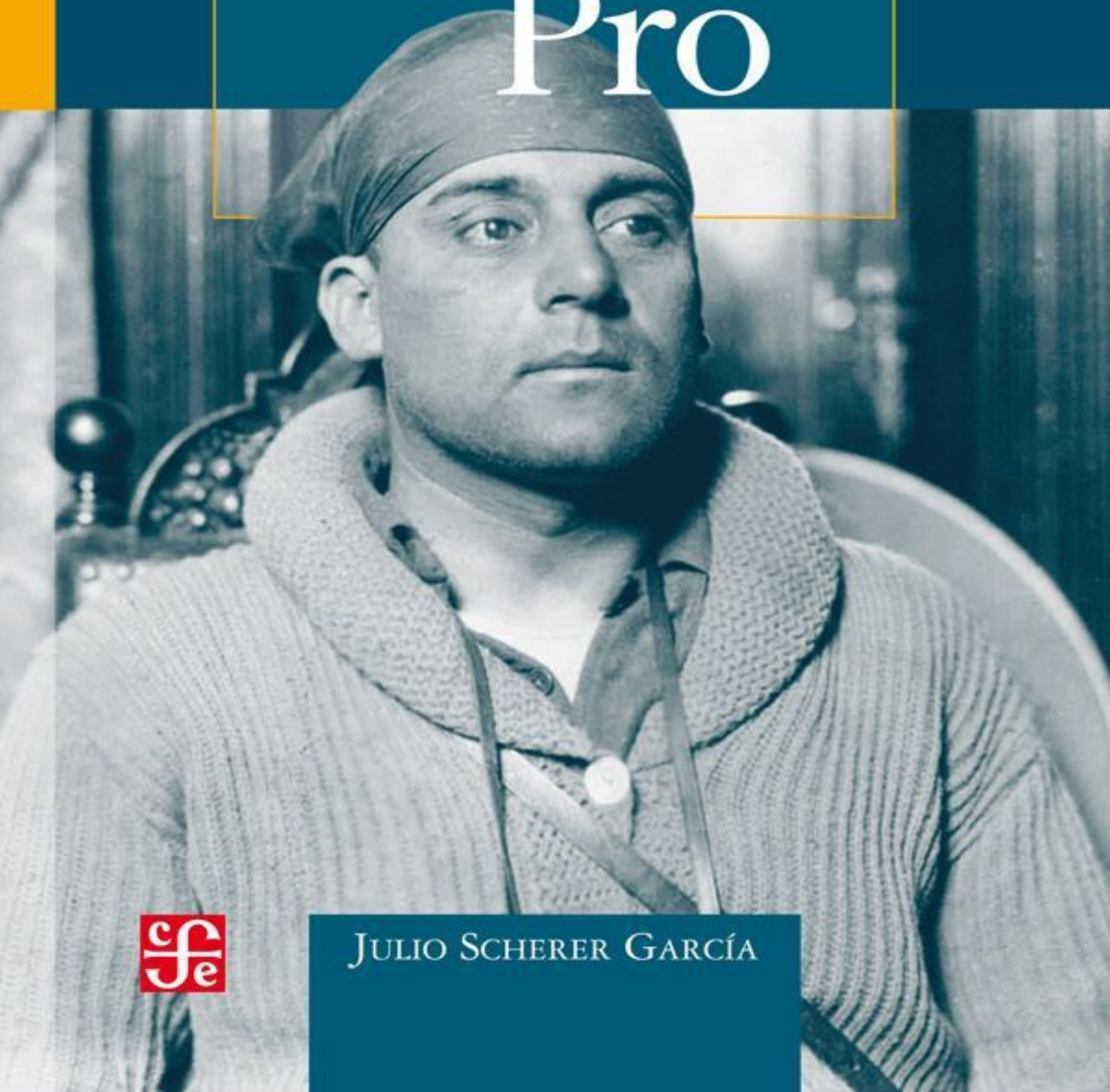


El  
indio que mató al  
padre  
Pro



JULIO SCHERER GARCÍA

# El indio que mató al padre Pro

*Julio Scherer García*

---

Prólogo de *Ángeles Magdaleno C.*





Primera edición, 2005

Primera edición electrónica, 2010

Reproducciones autorizadas por: Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Conaculta-INAH.MEX), Fototeca del Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Fondo Miguel Palomar y Vizcarra, Fondo Aurelio Acevedo, Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM y Fotografías de la colección particular de la familia De León Toral.

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.  
Empresa certificada ISO 9001:2008



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios:

[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. (55) 5227-4672

Fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0267-1

Hecho en México - *Made in Mexico*

# *Índice*

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

*Notas*





## Prólogo

Ángeles Magdaleno C.

Entre el 2 y el 9 de octubre de 1961 Julio Scherer García, a la sazón reportero de *Excélsior*, publicó una larga entrevista con el general Roberto Cruz.

La vida de Cruz estuvo vinculada a hechos fundamentales del gran acontecimiento político que marcó al siglo XX mexicano: la Revolución, todavía el gran referente para afirmar, cuestionar, comparar o de plano negar el camino que ha seguido nuestro país, sobre todo ante la ausencia de un proyecto nacional.

Los hechos registrados en la memoria individual o colectiva —es decir, la historia— no cambian. Lo que sí cambia es la imagen que tenemos de ellos; por ese motivo la historia siempre está sujeta a revisión. El pasado cambia según la mirada de quien lo examina y de acuerdo con los valores y las técnicas de quien lo interroga. Es en esa calidad de interrogador donde se nota el oficio de Scherer, quien literalmente no aparece en el texto. Nos deja a solas con Roberto Cruz. Así cada lector puede reflexionar sobre la vida y el proceder de este general de división.

La entrevista, que apareció en ocho entregas —a la manera de las novelas del siglo XIX—, aporta nuevos datos y otros poco conocidos sobre el periodo revolucionario. Con cada entrega crece el interés por los personajes y los temas que, como los hilos de una urdimbre, se cruzan para tejer la trama, aunque en la vida real nunca son tan claros.

Como curiosa coincidencia, la primera parte del trabajo realizado desde La Guazá, propiedad del general en Los Mochis, Sinaloa, comenzó un 2 de octubre. También un 2 de octubre de 1927 desde el Castillo de Chapultepec —entonces residencia oficial del presidente— se ordenó al general Cruz la ejecución del también general Francisco Serrano Barbeitia. Y un 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas en la ciudad de México, Scherer, al dar cuenta de la matanza, comenzaría otra historia: la del seguimiento y el acoso —monitoreo, dirían en la Secretaría de Gobernación— de su persona y luego de su revista *Proceso*.

Tres historias se enlazaron en la entrevista sin que sus protagonistas pudieran saberlo en ese momento: la de Cruz, la de Serrano y la de Scherer, todos



revolucionarios, desde distintas trincheras. El punto de enlace fue una agencia gubernamental: la temida y poco estudiada Dirección Federal de Seguridad y su antecedente institucional, el Departamento Confidencial.

El primer turno le correspondió a Serrano, pues esa agencia dirigida por el general Plutarco Elías Calles informó puntualmente sobre las actividades del general acusado de rebelde y lo convirtió en enemigo del gobierno. A pesar de esto, Serrano es una figura central del antirreeleccionismo.

Roberto Cruz fue el segundo. En marzo de 1952, en carta pública enviada al periódico *El Universal*, acusó al secretario de la Defensa Nacional, general Gilberto R. Limón, de conducta ilegal y peligrosa. Al participar como candidato a senador por Sinaloa, en la campaña política de Miguel Henríquez Guzmán a la Presidencia, Cruz fue detenido y acusado de subversivo. Sabedor de lo que podía sucederle por ejercer sus derechos cívicos, solicitó protección de la justicia federal contra la policía judicial del Distrito y Territorio Federales y contra la policía dependiente de la Dirección Federal de Seguridad. Este amparo se lo otorgó el licenciado Clotario Margali mediante una fianza de 200 pesos. Después de lo cual mantuvo una sana distancia frente al candidato independiente.

Entre 1968 y 1976, por lo menos, Scherer fue objeto de investigación que dio lugar a múltiples informes dando cuenta de sus actividades: entrevistas, pláticas, viajes y fotografías, sin faltar los primeros números de *Proceso*. Él correspondió documentando el proceder de la Dirección Federal de Seguridad y sus funcionarios.

En el reportaje de Scherer que se presenta aquí aparecen —a veces sólo por instantes— hechos y actores de la vida pública mexicana. El caso extremo es Alfonso Frías, quien en 1927 era jefe de las comisiones de seguridad dependientes de la policía de la ciudad de México, y como tal corresponsable en las investigaciones dirigidas por Cruz en su calidad de inspector general de Policía. Una de esas investigaciones concluyó con el fusilamiento del jesuita Miguel Agustín Pro Juárez. ¿Qué hacía Frías en 1968? Seguía en la misma corporación. Era el jefe del Cuerpo de Granaderos.

El motivo del reportaje, en 1961, fue la pretendida beatificación del padre Pro, que no se logró sino hasta 1988, cuando se anunció la reforma que les devolvería, en 1992, la personalidad jurídica a las iglesias y a sus ministros. Sin embargo, el reportaje es muy vigente. Los datos y las relaciones consignadas dan cuenta de esto. La eventual beatificación de seglares católicos, contemporáneos de los personajes, y los temas descritos por Scherer confirman la actualidad de este trabajo y nos obligan a repensar el tema de la procuración de justicia en el pasado, y por extensión en el presente, ya que, como bien sabemos, hasta hace muy poco fue una tarea enteramente subordinada a las consideraciones políticas de la Presidencia.

Queda claro —en la radiografía que hizo Cruz y consignó Scherer— que nadie podía enfrentarse a un presidencialismo tan extremo, que no respetaba siquiera el muy laxo límite de la no reelección. Con excepción del conflicto religioso, el resto de los acontecimientos descritos o esbozados en el texto tienen como base disputas electorales, en las modalidades de la época: levantamiento de civiles o militares armados. Aun cuando sólo fueran una posibilidad.

Roberto Cruz participó activamente en todos ellos, pero a partir del fusilamiento del padre Pro su leyenda negra —injusta, diría años más tarde su amigo Gonzalo N. Santos— pesó tanto que opacó todos los acontecimientos de este revolucionario que nació en Guazaparez, Chihuahua, el 23 de marzo de 1888, sólo dos años después que su gran amigo Francisco Serrano.

Hijo de un próspero agricultor y minero, Roberto se trasladó con su familia al pueblo de Torín, en 1892, donde, al aprender la lengua, hizo suya la cultura yaqui. Para cursar la instrucción primaria elemental fue enviado a Potam, en el corazón del río Yaqui, y de ahí pasó al Colegio de Sonora, en Hermosillo.

Por esas razones fue considerado, al igual que Román Yocupicio y José Amarillas, uno de los más aguerridos oficiales yaquis que tanto ayudaron a Álvaro Obregón. Incluso siendo Cruz subsecretario de Guerra y Marina era frecuente que lo visitaran los miembros de los batallones de sus hermanos adoptivos y que al hablarles en español le respondieran: *Achiaq empo iton yori noka emposu itobenasi jiaky*.<sup>[1]</sup>

En 1909 hubo elecciones en Sinaloa, donde triunfó Diego Redo, amigo de Porfirio Díaz. El otro candidato, José Farrel, aglutinó a la oposición, entre ella a la familia Cruz, que lo había apoyado. Después de esa experiencia y habiendo leído *La sucesión presidencial en 1910*, a mediados de ese año cruzó la sierra para trasladarse de La Guazá a Álamos y asistir al mitin de Francisco I. Madero. Como era de esperarse, en la tierra del vicepresidente Ramón Corral el prefecto del distrito, Francisco A. Salido, amenazó con castigar severamente a todos los que proporcionaran servicios a Madero y a su pequeña comitiva, integrada por su esposa, Sara, su secretario y taquígrafo Elías de los Ríos, y por el abogado Roque Estrada, por lo cual Adrián Marcor, tío de Adolfo de la Huerta, los alojó en su casa y les ofreció una comida a la que también fue invitado Roberto Cruz.

Esa noche el mitin fue todo un éxito y Cruz lo recordaría como un glorioso acontecimiento. Al día siguiente, el propio Madero le dijo que no quedaba otro camino que la lucha armada. En los siguientes dos años estuvo en contacto con la junta revolucionaria en San Antonio, Texas.

A los 20 años, a pesar de su juventud, ya era presidente municipal de Torín; el mismo cargo que ocupaba Álvaro Obregón en Huatabampo, en la región del río Mayo.

Cruz inició formalmente su carrera militar en 1913, después del asesinato de Madero y José María Pino Suárez. Apoyó al gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, y al Plan de Guadalupe, que desconocía a Victoriano Huerta. Fue detenido y hecho prisionero en Guaymas, de donde escapó. Ayudado por su hermano Cruz Cruz, se presentó al coronel Benjamín Hill —el brazo derecho de Obregón— y organizó su compañía “Voluntarios del Yaqui”, compuesta por 180 indios, de la cual fue capitán primero. Después de varios combates, siempre en el Cuerpo de Ejército del Noroeste, comandado por Obregón, fue ascendido a mayor.

Una vez derrotado Victoriano Huerta, el gobernador de Sonora, José María Maytorena, desconoció la autoridad del Primer Jefe, lo que provocó la división del ejército revolucionario. Cruz apoyó a Carranza y combatió a Maytorena, a Francisco Villa y a Felipe Ángeles, a quien culpaba de tal división. Fue capturado por los villistas en Hermosillo y enviado a la penitenciaría del estado junto con el general Salvador Alvarado. Lograron salir de la cárcel gracias a un intercambio de prisioneros.

Junto con Alvarado se trasladó a la ciudad de México, donde Obregón decidía el nombramiento de los asistentes a la Soberana Convención Revolucionaria, celebrada en la neutral Aguascalientes en noviembre de 1914, como un último intento para llegar a un acuerdo con los diferentes grupos revolucionarios. Al buscar que hubiera mayoría carrancista, Obregón decidió enviar a Cruz; pero como los estatutos de la convención establecían que sólo los generales podían tener derecho a voto, Roberto Cruz representó al general Alvarado. Sin embargo la convención fracasó, pues se confrontaron diversas visiones regionales del proyecto nacional, y Cruz, temiendo ser detenido por los villistas, huyó de Aguascalientes sobre el techo de una jaula que transportaba animales.

La guerra civil estalló y Cruz, a las órdenes del general Ángel Flores, combatió hasta finales de 1915 en el norte del país bajo la bandera del constitucionalismo. Villa fue derrotado en Hermosillo, y a partir de esa batalla la fulgurante estrella de la División del Norte quedó opacada. Los vencedores: Ángel Flores, Enrique Estrada, Miguel Acosta y el coronel Roberto Cruz.

Sin embargo, en 1916 aún quedaban villistas rebeldes, entre los que se contaban las fuerzas yaquis del general Urbalejo, y nadie mejor que Cruz para combatirlos: conocía a los guerreros y a la región. En esa campaña estuvo a punto de perder la vida pues resultó gravemente herido. No obstante, sus fuerzas derrotaron a los indios rebeldes en Esperanza y en Cócorit, Sonora.

En 1917, después del triunfo de la revolución constitucionalista, y hasta 1919, Cruz permaneció en Sonora al mando de sus tropas, pero ante la proximidad de las elecciones presidenciales, Carranza pretendió imponer a su candidato Ignacio Bonilla, conocido con el sobrenombre de *Flor de Té* a propósito de una canción de moda en esa

época que decía: “Nadie sabe quién es, ni de dónde ha venido”. Obregón y Calles encabezaron contra Carranza la rebelión de Agua Prieta, la última triunfante en el siglo XX. Cruz, en el bando del grupo de Sonora, se hizo cargo de la jefatura de la zona militar en Nayarit, y fue ratificado durante el interinato del también sonorenses Adolfo de la Huerta. Meses después fue trasladado a Durango como jefe de la zona militar, en la que estuvo aproximadamente un año, y en 1921 fue llamado a la ciudad de México para ocupar brevemente la jefatura de la Guarnición de la Plaza y de las Operaciones en el Valle de México. Ese mismo año, como ya se mencionó, fue nombrado subsecretario de Guerra y Marina. El titular era Francisco Serrano.

Durante su paso por la subsecretaría dispuso, en un afán por profesionalizar al ejército, que todos los individuos provenientes de las filas revolucionarias, sin importar el grado, pudieran perfeccionar sus conocimientos en el Colegio Militar, si así lo deseaban.

Pero en 1923 “sacó nuevamente sus uñas la maldita política” y ante la imposición de Calles —otra vez el problema de la sucesión presidencial— el ex presidente Adolfo de la Huerta encabezó una rebelión con un amplio respaldo del ejército. Cruz, leal a Obregón y a Calles, combatió a los rebeldes y se distinguió por su participación en la batalla de Ocotlán, por la que obtuvo las tres estrellas de su uniforme.

En el segundo semestre de 1924 y hasta mediados de 1925 ocupó la jefatura de Operaciones Militares en Puebla. En noviembre de 1924 el general descubrió un complot delahuertista en el estado y realizó aprehensiones. Los implicados fueron llevados ante un consejo de guerra, pero interpusieron un amparo y no les levantaron cargos. Luego fueron puestos en libertad, aunque al ex capitán Joaquín Mascarúa se le aplicó la “ley fuga”. Cruz insistió hasta que los ex generales Adolfo y Julián Hernández, el ex coronel José de Jesús Ibáñez y el ex mayor Juan Hernández, que pertenecían a la primera reserva del ejército nacional, fueron sometidos a consejo de guerra sumario. Éste los sentenció a la pena capital. Fueron ejecutados el 12 de diciembre de 1924.

El 28 de agosto de 1925, fecha en que el presidente y general Plutarco Elías Calles lo nombró inspector general de Policía, comenzó a desdibujarse su brillante trayectoria militar, en la que cada ascenso lo obtuvo por riguroso escalafón y méritos en campaña con mando de tropas.

Al nombrarlo, Calles le dijo: “Son ya muchas las quejas que estoy recibiendo en el sentido de que la ciudad está plagada de maleantes, verdaderas bandas de rufianes que están asolando la metrópoli. La sociedad se encuentra justamente alarmada, y he pensado que usted venga a radicar aquí para que se haga cargo de esta misión. Usted dependerá directamente de mí, y solamente de mí recibirá órdenes; no dependerá del gobernador del distrito”.<sup>[2]</sup>

Por tal motivo Cruz hizo que su oficina fuera conocida como Secretaría de Seguridad Pública, toda vez que dependía del presidente, y con él acordaba, como si fuera un secretario de Estado. Tal distinción sólo le fue concedida a Roberto Cruz.

En ese cargo —nos dice Scherer— vivió el fusilamiento del padre Pro, la ejecución de Francisco Serrano y el asesinato de Obregón.

### *El fusilamiento del padre Pro*

Uno de los conflictos más graves de 1926 fue la confrontación entre el gobierno encabezado por Calles y la Iglesia católica: la disputa entre la élite de los poderes temporal y espiritual.

En 1917, la Constitución, recién promulgada, incluía artículos que negaban la personalidad jurídica de la Iglesia, es decir, no tenía derechos, pero sí obligaciones. Estaba sujeta a las medidas de las autoridades federales, estatales e incluso municipales. Las medidas que la afectaban directamente estaban contenidas en los artículos 3º, 5º, 27 y 130, que en la práctica eran “letra muerta”, al igual que muchos otros.

Pero súbitamente Calles decidió hacer cumplir los preceptos constitucionales que limitaran el poder de la Iglesia, poniendo fin a casi una década de maridaje. La Iglesia respondió a través del episcopado con unas declaraciones inadmisibles por radicales en boca del arzobispo de México, Mora y del Río, quien hizo un llamado a desconocer completa y absolutamente la Constitución General de la República, e incitó a su desobediencia. Como no existían sanciones penales para castigar la desobediencia, el gobierno reformó el código penal y estableció penas para los sacerdotes desobedientes. En ese episodio, conocido despectivamente como Guerra Cristera, ni el Estado ni la Iglesia católica ni Roma midieron la fuerza popular que estaban movilizando, lo cual sólo trajo al país más violencia y más muerte.

Por su parte, los seculares católicos se unieron y propusieron defenderse. Fundaron la Liga para la Defensa de la Religión, y nombraron como su capellán al sacerdote Miguel Agustín Pro Juárez, formado en España y Bélgica por la Compañía de Jesús. Era un sacerdote prestigiado de 36 años, que en medio de la persecución religiosa seguía ejerciendo su ministerio.

En 1927 —después de una investigación— fue señalado por Roberto Cruz como responsable del atentado contra Obregón, y sin que la autoridad competente conociera del caso, o mediara juicio alguno, el presidente Calles decidió su fusilamiento junto con otros tres católicos.

En un alarde innecesario de fuerza, Cruz, vestido indebidamente como militar, pues actuaba en calidad de inspector general de Policía —lo cual le valió infinidad de críticas

aun de sus compañeros de armas—, permitió que periodistas y fotógrafos fueran testigos del fusilamiento. Entre el público estaban los padres de los fusilados.

Desde las celdas de la inspección, ese acto que se creía que no tendría mayores consecuencias, fue observado también por Agustín Lara, quien años más tarde escribiría: “Corrían los tiempos de aquella absurda persecución contra los católicos, en que la religión, suprema libertad del hombre, era un delito... Él [Pro] se curaba con mentolátum una pequeña herida que tenía en una pierna, y, a veces, compartía con nosotros las viandas que del Café Colón le mandaban”.<sup>[3]</sup>

Acompañaban a Cruz, quien dirigió el fusilamiento, todos los oficiales de la Guarnición de la Plaza y el comandante militar de la misma, el general Eugenio Martínez, quien además era su socio en los garitos de juego y compañero en las *noches de ronda* por el cabaret El Iris, donde se emborrachaban con Francisco Serrano.

### *La ejecución de Francisco Serrano*

En 1926 Serrano era una de las figuras políticas más importantes del país. Fungió como secretario de Guerra y Marina, se había preparado en Europa y luego fue jefe del Departamento Central. En el Teatro Lírico se presentaba la revista *Qué picoso está el Serrano*, en que la cantante Lucha Reyes, amiga de Lara, era la figura más atractiva. Serrano y Lucha Reyes se dejaron ver juntos, y aunque ella siempre lo negó, la boda estuvo a punto de consumarse. El problema fue que Serrano ya estaba casado.<sup>[4]</sup>

Pero la popularidad del sonoreense iba mucho más allá; tal vez haya sido indirectamente esa popularidad la que lo volvió peligroso, al menos para Obregón y Calles.

Su historia está vinculada a los dos grandes momentos del antirreeleccionismo. Luchó con las armas, al igual que Cruz y muchos otros, por la defensa de la no reelección, hasta que ese principio quedó plasmado en el artículo 83 de la Constitución. Y en 1927, frente a su modificación, para permitir la reelección no consecutiva de Álvaro Obregón, volvió a luchar, ahora en las urnas, por su defensa. Como consecuencia, quedó echada la suerte de ambos generales, Serrano y Cruz.

El 10 de junio de 1927, después de una entrevista con Obregón, Serrano declaró a *El Universal*: “Le hice conocer mis puntos de vista, figurando en primer término el referente a que creo que en la República no existe sentimiento antiobregonista, pero sí marcada tendencia antirreeleccionista”.

A partir de estas declaraciones, Calles y Obregón lo combatieron por todos los medios. Se valieron de calumnias para desprestigiarlo, lo hostigaron, enviaron agentes de la Secretaría de Gobernación para conocer todos sus movimientos; después de eso

fue fácil convertirlo en enemigo del gobierno.

La siguiente medida, aun cuando no representaba un peligro militarmente hablando, fue eliminarlo. Calles ordenó a Cruz que lo fusilara. En aras de la amistad que los unía, Cruz pidió que se le excusara de esa misión. La designación recayó entonces en el general Claudio Fox, a quien no acompaña ninguna “leyenda negra”; siendo amigo de Serrano no le tembló la voz ni la mano para matarlo en Huitzilac junto con 13 personas más, entre civiles y militares. Era la mañana del 3 de octubre de 1927.

### *El asesinato de Obregón*

La diputación guanajuatense invitó al presidente electo para el periodo 1928-1932, general Álvaro Obregón, a una comida en su honor, que se celebró en el restaurante La Bombilla, en San Ángel. La Orquesta Típica del maestro Esparza Oteo amenizaba el evento; un dibujante, José de León Toral, retrataba a los asistentes. Cuando la Típica comenzó a tocar *El limoncito*, De León Toral vació su pistola sobre la espalda de Obregón.

Curiosamente años atrás, Obregón había salvado la vida del hermano de su victimario, el capitán Pablo de León Toral, al evitar su fusilamiento.<sup>[5]</sup> El general Jesús de León Toral lo refirió así: “Circunstancias hondamente dramáticas, muy distantes una de la otra en el tiempo y en el espacio, muy diversas y semejantes a la vez porque en ambas rondaba la muerte, fueron aquellas en que el destino reunió a dos de mis hermanos con el general Obregón, ese hombre extraordinario, de grandes méritos y más grandes errores: a Pablo para recibir de él la gracia de la vida, y a José para arrebatársela”.

Por una extraña decisión —nadie sabe quién la tomó— el homicida fue llevado a la casa de la víctima, no a la Inspección de Policía ni ante un agente del Ministerio Público, y lo interrogó el mismísimo presidente de la República.

Los seguidores de Obregón estaban enfurecidos y la misma noche del crimen el rumor se extendía: “Calles, actual presidente, había ordenado matar al presidente electo. Éste se entrevistó con una comisión integrada por Emilio Portes Gil, Aarón Sáenz, Arturo H. Orcí, Marte R. Gómez y Luis I. León. Entre otras cosas le dijeron que desconfiaban de la investigación que pudiera hacer Roberto Cruz, pues, según explicó Portes Gil, en los meses previos al crimen el inspector de Policía ya no era amigo del general Obregón. Sin estar presente, Cruz fue cesado y sustituido por un distinguido obregonista, el general Antonio Ríos Zertuche.

Probablemente esa hábil decisión de Calles y el asesinato de Serrano fueron el origen del distanciamiento con Cruz, e indudablemente Portes Gil intrigó contra él

cuanto pudo. Después de su destitución fue nombrado jefe de las Operaciones Militares en Michoacán, estado gobernado por su gran amigo Lázaro Cárdenas. Pero en cuanto tuvo oportunidad se rebeló contra Portes Gil y participó en la rebelión encabezada por José Gonzalo Escobar, lo que le valió el exilio en Estados Unidos hasta 1935. Entre esa fecha y 1952 se dedicó a trabajar y acrecentar su hacienda personal en Sinaloa, con la sola excepción de su participación en el episodio henriquista. Por el convencimiento, su amigo Gonzalo N. Santos, cacique potosino, y por la fuerza, la Federal de Seguridad, le hicieron saber que su tiempo como figura pública había terminado.

El texto de Scherer nos recuerda que con el solo hecho de describir, interpretamos, y la historia es ante todo interpretación, por lo cual no puede ser definitiva. Además, nos lleva de la mano por un recorrido histórico que reivindica el valor de la experiencia vital. En un impecable ejercicio de periodismo, abre una ventana para informarnos sobre el pasado y nos aporta elementos de juicio que nos servirán en y para el presente.

Tiene razón Julio Scherer cuando dice que de no haber sido periodista —aunque pienso que nació siéndolo— quizá hubiera sido historiador. Al menos en este texto lo es.





*El general Roberto Cruz en Ocotlán, Jal.*

Bajo el mando del general Lázaro Cárdenas del Río, Roberto Cruz se distinguió en la lucha contra las fuerzas delahuertistas y obtuvo el grado de general.



## I

### *Los Mochis, Sin., septiembre de 1961.*

La voz era amable, pero de tonos más bien agudos. Llamaba la atención, porque era expresada por un hombre de elevada estatura, de tórax prominente, moreno, serio, al parecer inexcrutable detrás de sus anteojos negros. Voz pausada a ratos de timbre chillante. A un hombre así —pensamos— debiera corresponder una voz de trueno.

—Sí, señor, yo soy Roberto Cruz —nos había dicho poco antes.

Situados ante él, pudimos observarlo detenidamente. Algo sorprende en su rostro. ¿Qué era? De momento no pudimos precisarlo, pero poco después habríamos de dar con ello: un extraño parecido con el general Miguel Henríquez Guzmán. “Eso me han dicho”, confirmó. Labios delgados y más bien pequeños, nariz ancha y grande, y ese continuo misterio alrededor de los ojos, que debieran corresponder siempre a la parte más expresiva y abierta del hombre.

No le daba el sol de frente al general Roberto Cruz. Colocado cerca de una ventana, recibía su rostro los reflejos de un día clarísimo, sin nubes, abrasador en su temperatura de 30 grados sobre cero. Brillantes luces despedían sus gafas negras. Y a causa de aquéllas no siempre vislumbrábamos las pupilas que reposaban detrás de los cristales. Pero sí advertíamos algo así como dos formas acuosas y sufríamos una impresión semejante a la de quien contempla una pecera de aguas turbias y descubre dos corpúsculos afines que dormitan en el fondo y de vez en vez se desperezan y mueven ligeramente.

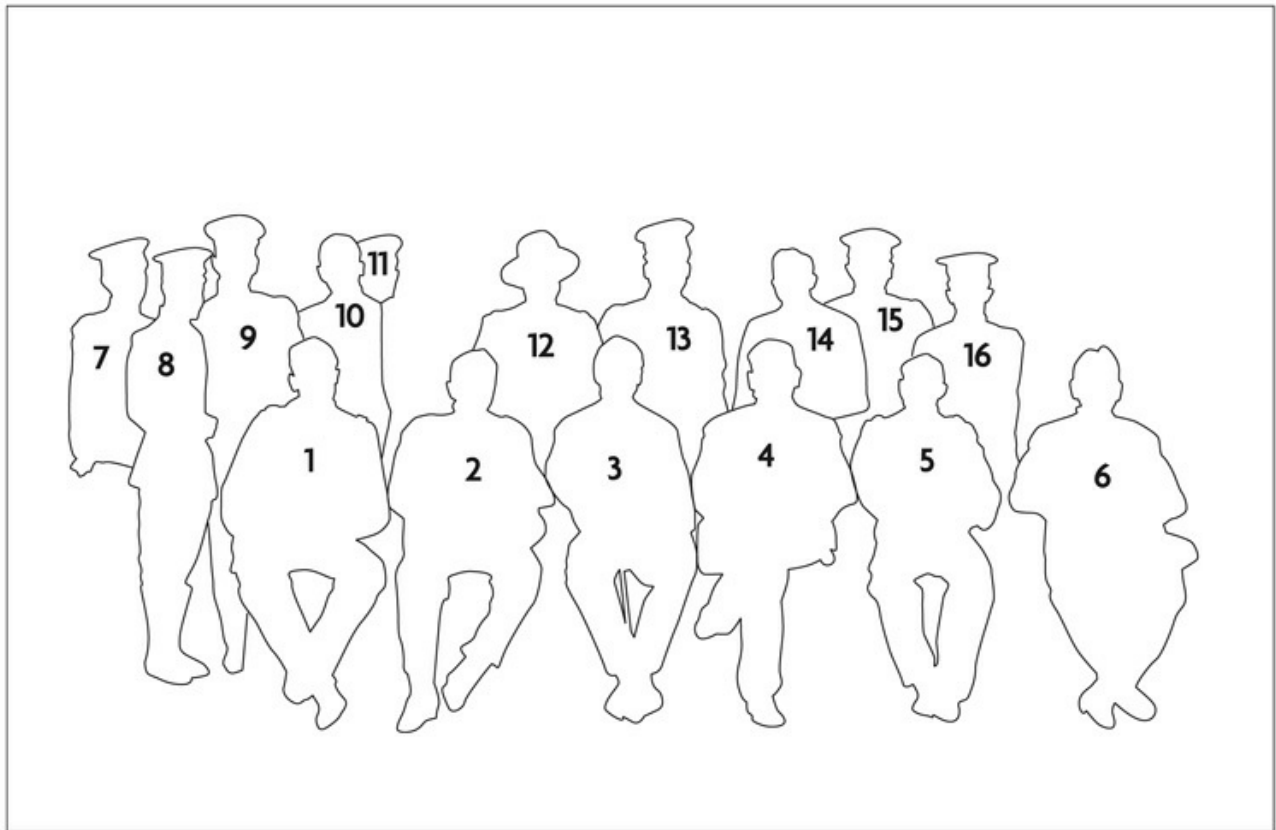
Mirada más bien fija y quieta la del general Cruz, agricultor próspero que viste como campesino elegante y viaja como millonario de la ciudad de México, a bordo de una camioneta de 12 plazas o en cualquier otro de sus seis vehículos. Usa ropas blancas, de la cabeza al fin de las piernas. Blanco el sombrero de alas recogidas, blanca la guayabera de seda, de lino blanco los pantalones. Sólo los zapatos son café oscuro y tienen los tonos del rostro y, también, del dorso de las manos. Éstas son enormes, de dedos poderosísimos. Ya agrietadas, sin duda por la edad, el sol y el trabajo, hacen pensar en tierra calcinada, reseca, tierra que hace mucho no recibe una gota de lluvia.

Las palmas, por el contrario, se miran con esa suavidad húmeda del pescado y ese color blanquecino o rosado que tantas veces hemos visto en los negros del sur de los Estados Unidos.



*Escolta del Primer Jefe don Venustiano Carranza, 1914.*

Banquete en el Antiguo Colegio Militar, en Chapultepec, en reconocimiento de gratitud y aprecio a su jefe don Venustiano Carranza. La unidad de este grupo revolucionario en torno a Carranza acabaría en 1920 con la rebelión de Agua Prieta.



1) Coronel Plutarco Elías Calles; 2) ingeniero Alfredo Robles Domínguez; 3) general Jacinto B. Treviño; 4) Venustiano Carranza; 5) general Rafael Buelna; 6) general Toribio de los Santos; 7) teniente Ignacio Pesqueira Jr.; 8) capitán Alberto Salinas Carranza; 9) capitán Lucio Dávila; 10) coronel Eusebio Calzada; 11) mayor Juan Barragán; 12) coronel José Obregón; 13) coronel Francisco L. Urquizo; 14) coronel Alfredo Breceda; 15) coronel Francisco Manzo; 16) teniente coronel Francisco R. Serrano.

De 73 años de edad, el general Roberto Cruz parece gozar de la vida con la misma plenitud de que se disfruta a los 35. Trabaja en sus ranchos desde las seis de la mañana, monta a caballo con frecuencia, se viste de charro los días de fiesta, come con apetito de atleta y va solo, o acompañado de sus amigos, por todos lados. Está casado con una mujer 40 años más joven que él y desde hace dos cuida a una niña, la última de sus 37 hijos.

“En mi vida siempre ha habido mujeres. Una... o varias...”

Seis de sus hijos nacieron de matrimonios: cinco con su primera esposa, “la finada y muy católica Luz Anchondo de Cruz”, uno con su actual esposa, Soterito Burbos, y los otros 31... aquí y allá.

“Así es el hombre”, sentencia.

Masón del grado 32, cree en el más allá. Imagina la posteridad del alma a su manera y concibe una vida eterna para ella sin riesgo ni temor alguno. Cree en el Dios que ama, que sólo quiere la felicidad de sus criaturas, pero rechaza al Dios justiciero. “No lo

concibo, no puede existir. ¿El infierno? Sería tanto como pensar en un dios vengador.” Y sus palabras se tuercen en una mueca, antes de continuar adelante. Afirma que es feliz. Piensa que asegurada la dicha en este mundo, como sea, cada quien como pueda, todo está salvado. Porque en ese otro ámbito sólo puede existir el gozo, un júbilo peculiar que está dispuesto para nosotros desde siempre. No importa que se llegara a él con las manos sucias y la conciencia llena de remordimientos, pues “ésas son cosas de nosotros, los humanos”. Aquí impera una justicia que aquí mismo se inicia y aquí termina, sin prolongación de ninguna especie. Quien pudo gozar en este mundo, magnífico; quien no pudo conseguirlo, allá él. Porque físicamente muertos, todos somos iguales: espíritus hechos para la dicha.

En su hacienda de “La Guazá” (“tierra de siembra”, en yaqui) hay una capilla. La construyó su primera mujer, y la segunda, Soterito, lo acompañó a ella en las segundas nupcias del general, hace apenas cuatro años. No hubo música, pero sí estuvo presente un sacerdote católico, después de una serie de consultas con el obispo de Sinaloa, a fin de que autorizara la unión eclesiástica. “Di varias vueltas por el templo del Sagrado Corazón, hasta que me confirmaron que me casarían por la Iglesia. A mí me dijeron que se suprimirían algunas partes de la ceremonia, pero yo ni supe cuáles fueron”, dice Roberto Cruz. Y cuenta que disfrutó enormemente ese día que lo acompañaron 200 amigos, que muchos de sus hijos, nietos y bisnietos, estuvieron presentes y que él se vistió como en un 16 de septiembre: sombrero galoneado de fieltro gris y traje de charro, negro, con botonadura de plata y adornos del mismo metal. Ella, la novia, entonces de 29 años, lucía con su traje de china poblana y se cubría la cabeza y parte de los hombros con un rebozo de Santa María.

Brillaban cirios en el altar. Y refulgían las lentejuelas del vestido de la novia “y mis adornos de plata”.

“Así quise que se hiciera, para darle gusto a la que iba a ser mi esposa. Porque yo no creo. Fui bautizado por mi madre, pero ahora soy renegado.”

Continúa contando. Y refiere que en su casa hubo por muchos, pero muchísimos años, prácticamente los 35 que vivió casado con su primera esposa, una placa de metal que dedicó ese hogar a la Virgen de Guadalupe. Y como ese cuadrito, imágenes de santos por todos lados, en cuanta pared existe, grande o pequeña. Había también velas prendidas durante el día y la noche, crucifijos y rostros de la Virgen María. “Ahora, con mi nueva esposa, es igual. Descolgaron unos cuadros y colgaron otros. Que vivan como quieran, que para eso yo soy todo un liberal.”

Desde los primeros momentos, sin que hayan brotado aún preguntas sobre el particular, un nombre está presente en la conversación de Roberto Cruz. Es el nombre del sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro Juárez. “El señor éste, el padre”, dice en una

ocasión; en otra: “el curita”; una más, seca y llanamente: “Pro”. Ser crucial en la vida del general sinaloense, hombre que aparece en su historia como la mano esposada de un carcelero, sombra que sólo se destruirá con la propia vida.

A ratos nos da la impresión de que su recuerdo le pesa como losa de mármol. Otras, que ha ido perdiendo sus contornos esa imagen y está ahí exclusivamente como un hecho del pasado y no como una realidad que palpita y cobra, pese a todo, una existencia que llega a imponerse al mismo presente, a los conflictos y satisfacciones que cada día trae consigo. Pero de lo que estamos ciertos, porque él mismo nos lo ha dicho, además, es que preferiría que Agustín Pro jamás se hubiese atravesado en su existencia.

“A él le debo todo, esta fama de troglodita, de matón, de hombre de las cavernas. Todo se lo debo a Pro.”

Le puede esta notoriedad tan divulgada y que llega a sus oídos continuamente. Le lastima, aunque a veces diga lo contrario y afirme que le basta con su conciencia que nada le reprocha y que es como “el escudo que opongo a los cargos injustos de los ignorantes y a las acusaciones malévolas de mis enemigos”.

Arguye —y lo hace con una insistencia tal que descubre pliegues ocultos de su conciencia— que es el hombre culto, fino, que puede sostener conversaciones de horas, sobre cualquier tema y con cualquier persona, así sea erudita y de la más esmerada educación. Habla de su buen gusto para vestir, de cómo en la ciudad de México y especialmente por las calles de Madero, se le verá siempre “con un ‘flucs’ impecable, finísimo, porque eso sí, me gusta vestir como un caballero y, aunque está mal que lo diga, luzco no sólo distinguido, sino muy distinguido”.

No una, sino dos ocasiones en el curso de un par de horas relató esta anécdota que considera significativa y en la que se solaza, relame con algo más que beneplácito, con gula, pudiéramos decir, dado el placer casi sensual que observamos en el general Cruz al momento en que decía:

Viajaba en un tren, recuerdo bien que de Nueva York a San Luis Misuri, la noche en que me tocó cenar con una persona, un doctor argentino con quien pronto empecé a platicar. Estuvimos horas y más horas, porque yo soy muy buen conversador, como un día lo dijera Querido Moheno, que fue amigo mío y muy querido. Así estuvimos, y ya para despedirnos, él me dijo: “Bueno, ¿y quién es usted?, porque ahora que ya somos amigos, debemos conocernos y llamarnos por nuestros nombres”. “Soy el general Roberto Cruz”, le contesté. “¿Roberto Cruz, el general mexicano?” “Sí, señor, el mismo. Debe saber que en México no hay sino un general Cruz. Y ése soy yo”. Vino lo de siempre: “¿Usted...? Pero si yo creía...” Y empezó a decirme lo que todos, aunque con más delicadeza y sin mencionar siquiera al curita. ¿Pues qué creía? Creía que era incapaz de manejar los cubiertos, que estaba con la camisa descuellada y sucia, que escupía por un diente, que era un matón...

La voz del general ha ido elevando su tono, paulatinamente. Llega casi a constituirse

en un grito. Es entonces cuando volvemos a apreciar esos tonos agudos, tonos de flautín en este hombre de tan elevada estatura y gran corpulencia. “Hágame favor —dice ahora ya de manera más suave—: ¡que el general Cruz escupe por un colmillo y es un troglodita, un matón...!”





*El presidente Álvaro Obregón y los generales Plutarco Elías Calles y Francisco R. Serrano en Palacio Nacional.*

En diciembre de 1921, el general Serrano tomó protesta como ministro de Guerra en Palacio Nacional. Luego, a consecuencia de la lucha antirreeleccionista, Obregón y Serrano perdieron la vida. Fueron estos tres personajes las figuras principales de la novela de Martín Luis Guzmán *La sombra del caudillo*.



## II

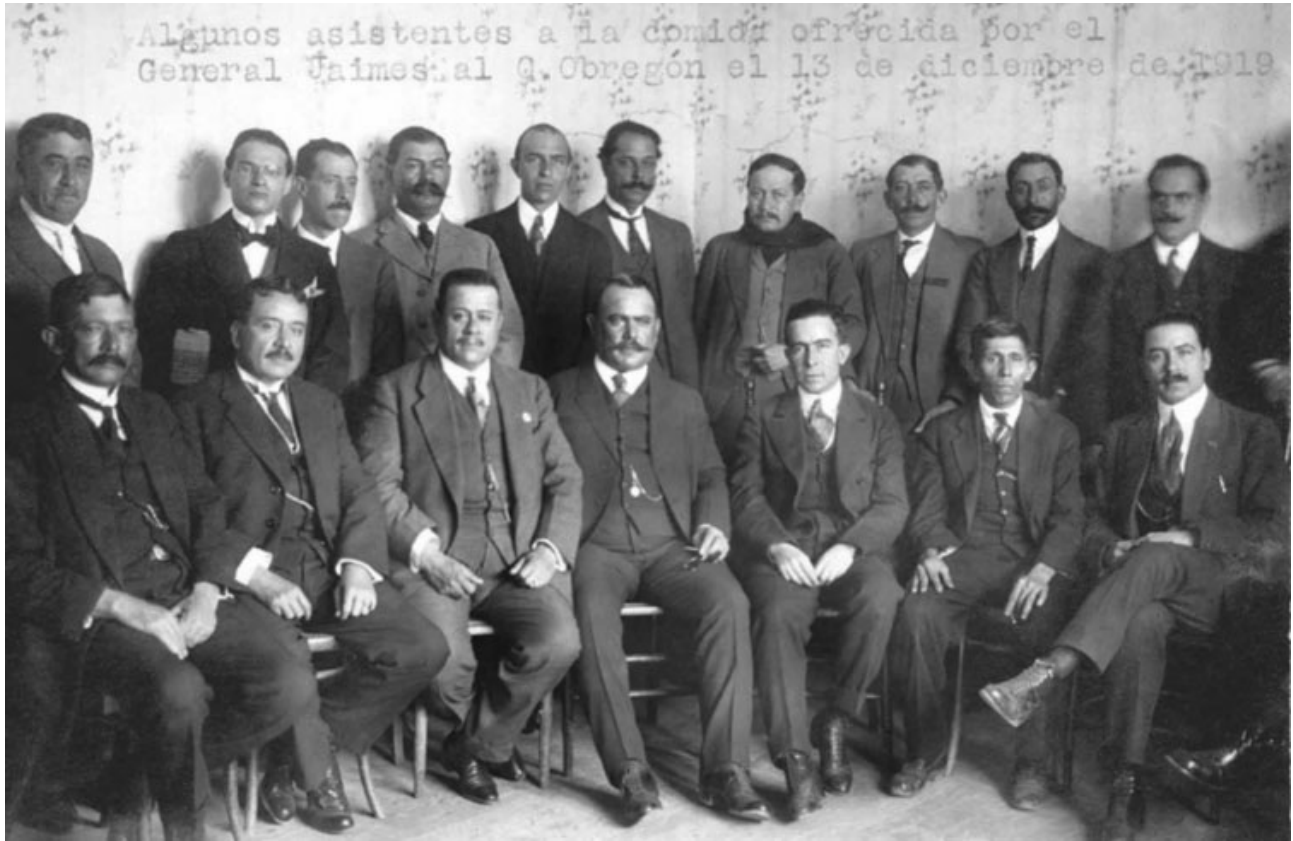
*Los Mochis, Sin., septiembre de 1961.*

Muy joven conoció y fue amigo del general Plutarco Elías Calles, quien más tarde, cuando fuera presidente de la República, habría de llevarlo a la jefatura de la Inspección de Policía. Ahí, en ese cargo, en esa casona que había en el lugar donde hoy se levanta el edificio de la Lotería Nacional, en un palacete de la época porfiriana, de grandes arañas de cristal, de cuartos lujosos, de salas y salones donde imperaba el gusto importado de Francia, Roberto Cruz vivió los episodios más importantes de su vida: el fusilamiento del padre Pro, el asesinato de Obregón a manos de León Toral y (aunque no participó directamente en ella por razones que él mismo explica), la ejecución en Huitzilac de Francisco Serrano y del puñado de hombres que a su lado intentó una asonada contra el gobierno.

Vemos a Cruz. Observamos sus lentes negros que tanto nos obsesionan, ese rostro que no parece el de un hombre de 73 años. ¿Dónde están las huellas de su edad? No las vemos. En su cara apenas si hay arrugas. La carne es aún firme y la expresión no sólo decidida, sino enérgica. Es fácil imaginar a Cruz con un fusil en la mano; en cambio, se antoja muy difícil concebirlo en un sillón de alto respaldo con dos niños de uno y tres años sobre sus rodillas. Nada evoca la imagen de un abuelo en este soldado de la Revolución.

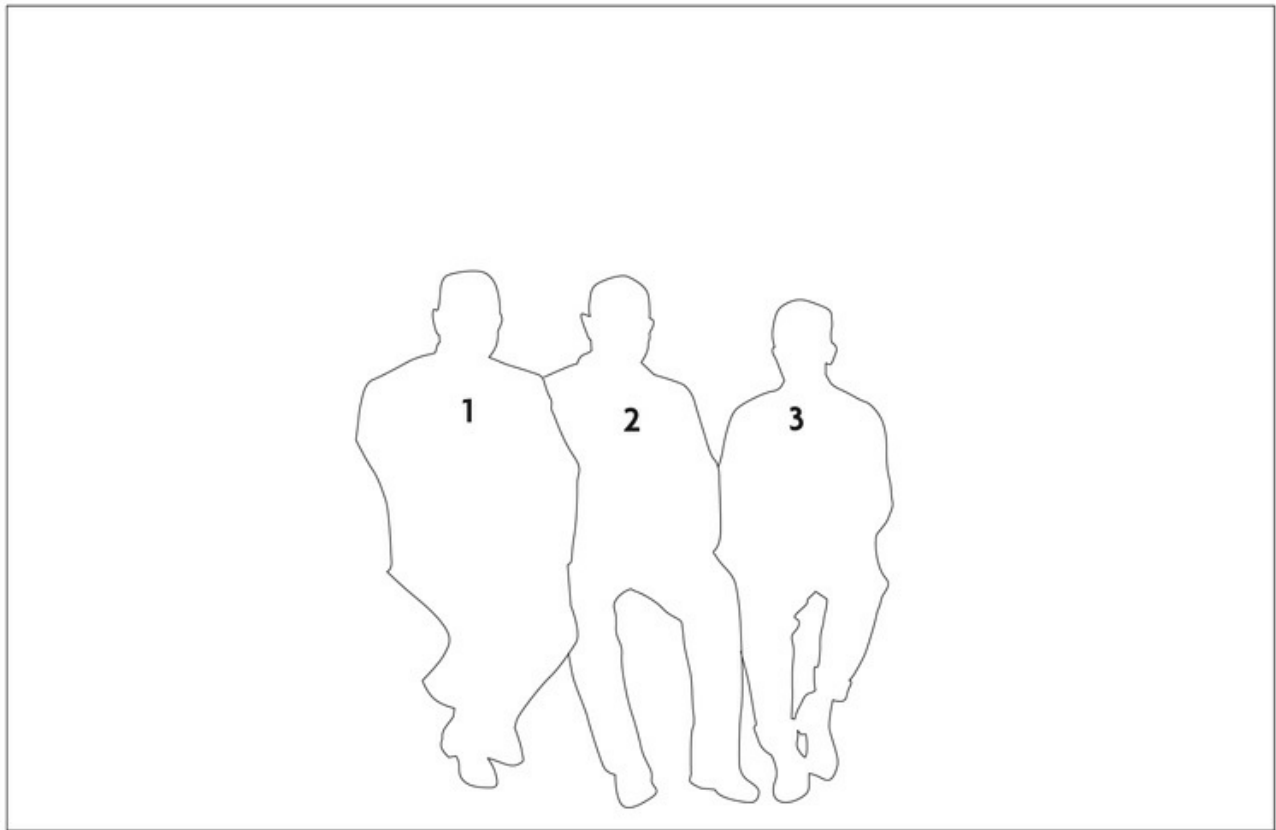
¿Inspector de Policía? Aquí el rostro que tenemos enfrente vuelve a ser familiar. Duro, capaz de someterse a todas las disciplinas físicas, con don de mando natural, Roberto Cruz es la estampa viva de un hombre para ese puesto. El círculo negro que oculta permanentemente sus ojos añade una nota apropiada a esa imagen. Por extraña asociación de ideas viene a nuestra mente el recuerdo de aquel otro inspector de Policía, prototipo en el ejercicio de esa función. Se trata de ese personaje de Victor Hugo que aparece en *Los miserables*, perseguidor implacable de Jean Valjean. Colocamos uno al lado del otro los dos retratos, el que hemos forjado a través de las letras y el que tenemos enfrente de nosotros. Advertimos paridad. No podríamos imaginar un hombre con físico mejor acoplado a la Inspección de Policía que el

sinaloense Roberto Cruz, no obstante sus 73 años. Porque aun así, sentimos que detrás de cualquier escritorio pertenece a esa especie que impone respeto con su sola presencia, y terror a un grito o a una amenaza.



*El candidato Álvaro Obregón en Toluca, Estado de México, 13 de diciembre de 1919.*

Ejemplos de violencia en la década de los veinte Benjamín Hill, “el brazo derecho de Obregón”, envenenado en una comida; Obregón asesinado en medio de la guerra cristera; y Serrano, asesinado con lujo de violencia en Huitzilac.



1) General Benjamín Hill; 2) general Álvaro Obregón; 3) general Francisco R. Serrano.

Nació Cruz el año de 1888, de padre muy rico y madre muy católica. Él hacía fortuna y ella educaba a sus hijos y acariciaba un sueño: que alguno de ellos se ordenara sacerdote. Con esa ilusión fue llevando a Antonio, a Cruz Cruz, a Rafael, a Ricardo, a Roberto, a cada uno de ellos, a la pila del bautismo. “Dios mío, que alguno de éstos se entregue a Tu servicio”, rezaba la señora.

Uno, Cruz Cruz, fue enviado al Seminario. Pero al poco tiempo volvió a la casa de don Jesús Cruz. “No sirve”, le confesó a la atribulada madre el obispo Ignacio Valdespino. “Es muy movido.”

“Movido como mi hermano y más que él, fui yo siempre”, cuenta el general revolucionario, sumido en evocaciones. “Por eso a mí ni siquiera intentó mi madre convencerme para que me hiciera cura.”

Nunca se aproximó Roberto a un confesionario y apenas si algunas veces acompañó a su madre a misa. Prefería los juegos en pleno campo, al lado de los niños yaquis, los “yaquecitos”, como él los llama. El trompo, la rayuela, las canicas, los saltos de altura y de distancia, las luchas y el tiro al blanco con piedras, y más tarde el caballo, el lazo, la pistola y el rifle, fueron sus diversiones al lado de los moradores del pueblo de Torin, en aquella época cuartel general de la primera zona militar con jurisdicción en Sonora,

Sinaloa y Baja California y punto de partida en la campaña que se seguía contra las tribus yaquis, en continua rebelión.

Aunque no nació en Torin (“rata”, en yaqui), sino en los límites entre Sinaloa y Chihuahua, Roberto Cruz fue considerado desde su niñez como un yaqui más. Confundíasele con ellos. Vestía y hablaba como sus amigos yaquis, tenía sus aficiones, la misma elevada estatura y el cuerpo que ya anunciaba al atleta. “Yo traía cinco años cuando ya podía decir en yaqui lo mismo que en español.”

Murió su madre “que en la Gloria debe estar, si es que existe ese departamento”, y Roberto Cruz se desarrolló solo. Su padre vivía muy ocupado en negocios de gran minero y él, rebelde desde sus primeros años, lleno de vida, extraordinario tirador y gran jinete, seguro de sí mismo y ávido de acción, buscaba una oportunidad que no tardó en presentársele.

Pronto estuvo en la ciudad de Álamos. Llevaba en el bolsillo el libro de Francisco I. Madero *La sucesión presidencial de 1910*. Quería conocer al autor de esas ideas, sumarse a su causa. Le habían dicho que Madero estaría en esa población y allá corrió.

Recuerda aquella estampa, tan humilde y tan triste. Solas, sin más compañía que sus pensamientos, cuatro personas descansaban en una de las bancas de la Plaza de Armas. Cubiertas de polvo, con aire de cansancio, abrumadas por el sol, permanecían con el cuerpo inclinado, las manos enlazadas entre las piernas y la cabeza muy baja. No cambiaban una palabra entre sí y ofrecían la misma estampa de cuatro infelices que, con la salida de un tren, han perdido la última oportunidad de su vida. Eran Francisco I. Madero, Roque Estrada, Elías de los Ríos y doña Sara P. de Madero.

El prefecto de la población, don Francisco Salido, había dado órdenes para que se hiciera el vacío alrededor del candidato a la Presidencia. Y los habitantes de Álamos, sumisos, habían cumplido las instrucciones al pie de la letra. En ningún hotel se les aceptó, no hubo un restaurante que les abriera las puertas y ni siquiera los cocheros aceptaron la generosa propina que se les había ofrecido. “Eran cuatro apestados.”

Como a las cinco de la tarde se presentó en la plaza Adrián Marcor, que era partidario de Corral y no de Madero. Pero él les ofreció su casa y ahí vieron pasar las horas y todo el día siguiente, en medio de conversaciones exaltadas que mucho impresionaron a Roberto Cruz. Los vio beber coñac y hablar de la revolución que se aproximaba. Escuchó por vez primera una arenga de Madero, hombre al que ha juzgado excesivamente bueno, magnánimo, que no pudo vivir su época, que era de violencia y de sangre, de horror y pasiones desatadas, lo que explica que haya sucumbido a manos de Victoriano Huerta. “Madero era hombre para estos tiempos no para aquellas

turbulencias. Para entonces se habría necesitado un hombre como Calles. ¡Qué carácter de hierro!” Y escuchamos por vez primera la explosión de sentimiento admirativo que el general Cruz experimenta por ese otro hombre al que está ligada su historia personal.

Estalló la Revolución de 1910 y Roberto Cruz se levantó en armas. Participó en combates de secundaria importancia, pero a partir de entonces la vida del cuartel cobró para él un luminoso sentido. Gustábale todo lo que tuviera que ver con el campo de batalla, atraíanle el mando y las jerarquías, gozaba con el despliegue táctico y refiere que no le impresionaba ver una llanura cubierta de cadáveres.

Vino la paz y regresó a Torin. Ahí lo esperaban sus amigos de siempre, que pronto hicieron de él una figura relevante en el poblado: presidente municipal. Pero la sucesión de los días no era tan rápida como la de los acontecimientos y pronto habría de abandonar nuevamente su lugar de residencia, al producirse el movimiento orozquista. Otra vez la ausencia, otra vez el caballo y el fusil, para regresar al cabo de los meses y ocupar de nuevo su puesto de alcalde en la cabecera de la mesa.

Se produjo el crimen de La Ciudadela, cayó Madero, se ensangrentó de nuevo el país, ascendió a la Presidencia de la República el usurpador Victoriano Huerta y ahora no tuvo Roberto Cruz tiempo para nada. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, fue capturado por los jefes federales de la zona militar y conducido a Guaymas. Dos meses permaneció ahí. Solo, incomunicado, apenas recibía alimentos. Nadie se preocupó por tomarle declaración y mucho menos por consignarlo a alguna autoridad. Vivió como perro. El clima era inclemente y su mazmorra un horno.

Una mañana lo condujeron a la que habría de ser su nueva cárcel: *El Demócrata*, barco que permanecía anclado allá muy lejos, en los confines de la bahía. Recuerda el general Cruz la impresión de sarcófago que le produjo la nave. Era de madera y sus mal ajustados tablonces rechinaban incesantemente, a impulsos del vaivén de las olas. El cuarto de máquinas era un cementerio maloliente y por la cubierta había que caminar con cuidado. No existían barandales ni protección alguna y cualquier caída podría resultar fatal, pues rondaban el barco tiburones hambrientos. “¿Cuándo se abrirá en pedazos y quedará desgajada esta cáscara de nuez?”, era la pregunta obligada que se hacían cada mañana los presos y con ellos la pequeña escolta que los cuidaba.

Había que huir. Pero, ¿cómo?, si no había siquiera una tabla sólida en la que intentar la fuga. Y fue una mujer, “una muchachita muy guapa, Emilia Preciado”, quien facilitó los medios. Iba con Roberto Cruz todos los fines de semana, en una lancha pequeña, bien custodiada y cargada de alimentos para él y sus amigos. Y ya con la joven como cómplice, fue fácil todo lo demás. Los presos eran 70 y sus guardianes no pasaban

de cinco. Y el miedo a morir atenaceaba a aquéllos lo mismo que a éstos, pese a sus fusiles y pistolas. Hubo una simulación de amoríos de Emilia Preciado para el teniente que comandaba la escolta. “Le das carita”, habíale dicho Roberto Cruz, quien ahora, al evocar, se conduce como un estudiante que recuerda sus afortunados tiempos de colegio, que balancea el cuerpo sobre el sillón en que se encuentra sentado, cruza y vuelve a cruzar una pierna sobre otra, sonríe maliciosamente, deja entrever intensos disfrutes prohibidos, sorbe una taza de café con el placer de un bebedor del mejor coñac y da rienda suelta a lo mejor de sus recuerdos.

Se sucede ahora un relato de folletín en el que se solaza el general Roberto Cruz. Pero mucho más al hablar de Emilia Preciado, a quien dedica una última sonrisa y recuerda finalmente en la Isla de los Pájaros, ya libres los dos, lejos de *El Demócrata*.

Luego vuelve al tema. Y con el tema va recobrando su rostro ese aire de inspector de Policía que pocas veces se aparta de él, como cuando habla, por ejemplo, de sus amoríos y de sus 37 hijos...





*Álvaro Obregón en el primer aniversario del Plan de Agua Prieta en el parque de los sabinos, Santa Anita, México, D. F., 1921.*

En 1920, con el Plan de Agua Prieta, el victorioso grupo de Sonora se rebeló contra Venustiano Carranza, a quien originalmente había apoyado. Carranza murió asesinado en Tlaxcalaltongo.

### III

#### *Los Mochis, Sin., septiembre de 1961.*

Hace un año, el presidente de la república confirió a Roberto Cruz la presea más alta del Ejército: la Cruz de Guerra de Primera Clase. Ahí culminó la carrera del general, pues semanas más tarde pediría su retiro de las armas.

Fue a los 72 años cuando se colocó en el pecho la medalla que le fue entregada. Antes, durante más de medio siglo, vivió de todo: el encuentro con la muerte en los campos de batalla; los honores de cargos tan elevados como subsecretario de Guerra y Marina encargado del Despacho, en tiempos del presidente Obregón; inspector de Policía cuando Plutarco Elías Calles; comandante de zona militar; jefe de la Primera Línea de Operaciones.

“Nunca fui un segundón. Si puedo hablar de la Revolución es porque la he vivido. No soy un militar de dedo, como tantos otros, ni debo mis condecoraciones a la gracia de nadie. Lo que tengo, me lo he ganado. Aquí en el cuerpo tengo cinco balas enterradas y aquí, en la mente, el recuerdo de más de cien batallas.”

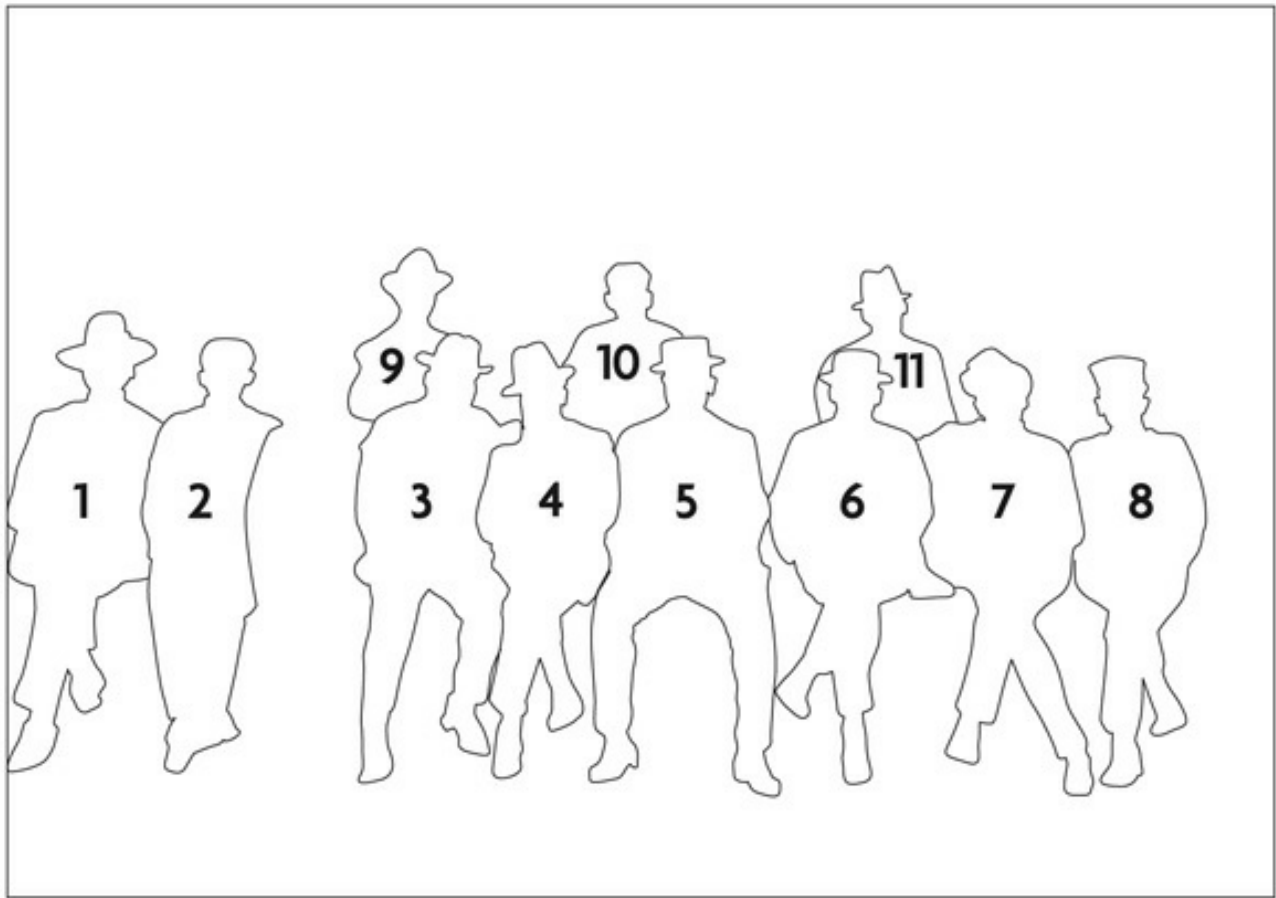
Habla con orgullo. Se extrovierte y es claro que cuando toca el tema de las armas, de sus hechos de guerra, pisa terreno firme. Se siente seguro y no hay horas ni días que pongan fin a sus relatos. Menciona a Salvador Alvarado, a Lucio Blanco, al general Ángel Flores, los combates que sostuvo contra Villa, “El Primer Celaya”, “El Segundo Celaya”, el sitio de ocho meses de Navojoa, las acciones de Diéguez, de Pánfilo Natera, el sitio de Guadalajara, su fuga de la Convención de Aguascalientes, sobre jaulas de ganado en un tren que salía para Querétaro; la traición de Maytorena; el general Gutiérrez, el sitio de Guaymas, el de Hermosillo, y no hay manera de parar a ese torrente. Es un general eufórico, vibrante. Se revela en la plenitud de su ser. La Inspección de Policía pasa a un segundo término, su misma amistad con Calles, su admiración hacia Obregón. Hay algo que es natural, vocativo en Cruz: las armas, el combate, la estrategia, la agresividad frente al adversario. “‘Muchacho, te van a matar’, me dijeron muchas veces. Pero a mí no me importaba. Nada oía en cuanto empezaba la lucha. Yo quería pelear, ganar, triturar al enemigo.” No es fácil entender a este hombre

dentro de un salón de acuerdos cuando así habla y sí resulta absolutamente natural imaginarlo con ropas de campaña y un fusil en la mano.



*Álvaro Obregón en Belem de las Flores, camino a Toluca, 22 de abril de 1921.*

Una década más tarde y a consecuencia de los diferentes levantamientos civiles y militares, los asistentes a este banquete habían muerto o estaban en el exilio.



1) Felipe Carrillo Puerto; 2) Domingo Ramírez Garrido; 3) general Antonio I. Villarreal; 4) general Enrique Estrada; 5) presidente Álvaro Obregón; 6) Adolfo de la Huerta; 7) general Plutarco Elías Calles; 8) general Francisco R. Serrano; 9) Jorge Prieto Laurens; 10) general Jesús M. Garza; 11) general Rafael Buelna.

Al referirse a la batalla de Ocotlán, en febrero de 1924, en plena revolución delahuertista, su voz no asciende de los tonos agudos. Está en el clímax de su emoción. Es la jornada crucial de su vida militar, aquella que le valió los mayores honores, una sonrisa del presidente Obregón, palmadas en el hombro y el anuncio solemne, para él uno de los recuerdos sin los cuales su vida se desmoronaría: “Te nombré general de División”. ¿Qué le importaba entonces la herida que había recibido en un muslo? Hasta las bajas de su Estado Mayor, ninguno de cuyos integrantes salió ileso del combate, cobraron otro sentido “Es la guerra... son las armas... es la defensa de la patria, de las instituciones...”

Momento maravilloso aquel de la cena con Obregón. “Hombre ocurrente, tan simpático”, nos dice ahora, en plena alegría, entregado a los recuerdos, gozoso como si por vez primera en su vida hubiese bebido una botella de tequila. Y ya podía no haber sido agradable, sino profundamente antipático, que imaginamos para Roberto Cruz hubiera sido lo mismo. Había llegado a una cima y desde su altura sentía que su alma se expandía. “General de División...” Qué principios aquellos, tan modestos, tan

humildes, principios de soldado-párvulo cuando, en los inicios de la lucha contra Victoriano Huerta, se presentó formalmente ante el coronel Benjamín Hill y le llevó a sus 200 yaquis, a los voluntarios de aquella región de Torin, para él tan entrañable como sus mismas tres estrellas.

Impresionado por las tropas que tenía ante sí, por el aire resuelto de esos indios del norte de México, altos, musculosos, con fama de valientes, tiradores como quizá no los haya mejores en toda la República, Benjamín Hill felicitó a Roberto Cruz. “Te voy a dar el nombramiento de teniente coronel, muchacho”, le dijo. Pero aquello no fue del agrado de éste. Lleno de vida, confiado en su futuro feliz por el primer gran éxito militar que en esos momentos alcanzaba, se comportó como un hombre adusto que desprecia los honores y prefiere acogerse a la sobriedad, a ese camino estrecho por el que sólo se aventuran los que creen en ellos mismos.

“Soy muy joven, coronel”, le dijo a Benjamín Hill. “Déme usted nombramiento de capitán primero. Si sirvo para las armas, tengo tiempo de progresar, porque aún soy muy joven, y lograr más tarde un grado alto. Si no, me quedo donde estoy.” Y en la actitud y maneras del bisoño debe haber advertido su superior un orgullo que le estallaba en el pecho. “Está bien”, le contestó. “Y así se hizo”, dice ahora el general de división y Cruz de Guerra de Primera Clase, con el énfasis de quien expresa: “No podía equivocarme. ¡Cómo hubiera sido posible que una cosa así ocurriera!”

Todo el día se escuchó fuego graneado en ambos márgenes del río Lerma, durante la batalla de Ocotlán. “El presidente Obregón me había conferido la orden más difícil: atravesar el río y llegar hasta la orilla izquierda, para lo cual había que colocar pontones y cruzar sobre un puente improvisado hasta el otro lado”.

Caían los soldados como insectos. No había espacio de tiempo, por insignificante que fuera, sin que se mezclara al estrépito de las balas un lamento, alguna blasfemia, un grito desgarrador de quien sentía le era arrancada la vida.

Cruz se retrata a sí mismo con un paliacate rojo en la cabeza. Un dolor intenso, que le partía el cráneo en dos pedazos, hizo que se pusiera como turbante aquel trapo color de sangre y que se lo amarrara con todas las fuerzas de sus manos. Hacía calor, había comido por última vez ocho horas antes, el miedo cundía entre todos y era preciso sobreponerse a base de valor, que no es otra cosa que disimular esas emociones que corren por dentro. Una herida en el muslo, una bala que le había rozado la pierna, pero que le había quemado, como si hubiera estallado sobre su piel un fuetazo, contribuía a que ese dolor de cabeza, dolor como no ha sentido igual en su vida, reventara por los ojos, por las orejas, lastimara el mismo cabello, como si de pronto

hubiese sido dotado de sensibilidad como la yema de un dedo.

Carmelo Díaz, de su Estado Mayor, fue el primero en llegar a la otra orilla. Con un lazo mordido entre los dientes, ató la correa a un árbol, milagrosamente escapó con vida y pudo iniciarse así esa obra de ingeniería primitiva, el tendido de pontones de una orilla a la otra por medio de neumáticos de automóvil fijos hasta con lianas. A eso de las tres de la tarde, cuando los soldados empezaron a avanzar rumbo a la margen izquierda, “una cama de cadáveres” les anunciaba el resultado de su esfuerzo. Paso lúgubre. Centenares de hombres enrojecían las aguas del Lerma. Algunos todavía con vida pedían auxilio, en ocasiones más que con la voz, con la mirada, con las pupilas desorbitadas, con ojos que querían asirse a una pierna, a un brazo; a una mano ocupada en disparar. Pero no había tiempo para ir en auxilio de nadie ni para ver cómo los compañeros de armas se sumergían en el agua para siempre, en medio de burbujes siniestros que anunciaban su fin.

Después de las 10 de la noche se combatía aún contra las fuerzas del general Enrique Estrada, que resistieron a pie firme hasta quedar no sólo diezmadas, sino aniquiladas. Nadie dio cuartel. Fue una batalla fiera en la que se disputó, primero el río y más tarde cada pulgada de terreno, como si fuese el último baluarte. “Cómo quedaron muertos regados por todos lados. Vi muchos cadáveres. Vi también cabezas que nadaban en el río, como troncos, como inmensos frutos caídos de no sé dónde.”

A las 11 de la noche, Roberto Cruz se sentaba a la mesa con Álvaro Obregón, en la ciudad de Ocotlán, y recibía la noticia: “Te nombro general de División”.

Quiso inscribir la fecha en su memoria: 9 de febrero de 1924. Y entonces recordó: “Aniversario de la muerte de mi madre”.

Pero la alegría lo embargaba:

“Salud, señor presidente...”



*El presidente Álvaro Obregón rindió honores a nuestros héroes en la Catedral Metropolitana con motivo de las fiestas del Centenario de la consumación de Independencia, 1921.*

No obstante las corrientes anticlericales, el festejo a los héroes se realizó en el templo más importante del país.

Ahora lo vemos sofocado. La emoción de aquella jornada es superior a sus fuerzas y a su control. Trátese, posiblemente, del momento estelar de su vida. Nada comparable a la presencia del presidente de la República, que lo halagaba y lo premiaba. Nada igual a ese dulce cansancio, a esa herida que era un premio más, íntimamente conservado, para él solo.

Luego guarda silencio. Detrás de sus anteojos negros, sosegada la respiración, pudiera decirse que el general Cruz se ha quedado súbitamente dormido.

Pero no ha vivido siquiera el relajamiento de un letargo. Ha meditado; ha repasado en su conciencia lo que vino después.

“Usted sabe que ha habido muchos traidores de la Revolución mexicana”, dice con intencionada lentitud.

Y cuenta una anécdota que supo:

Una señora muy encumbrada aprestábase a dejar los dorados salones del poder. Su marido, figura de muy altos vuelos, abandonaría dentro de unas cuantas semanas el cargo público que había desempeñado y tratábase de hacerle un obsequio a su esposa.

Las damas de la mayoría de los secretarios de Estado, así como de la casi totalidad de gobernadores, decidieron emprender una colecta entre ellas con el fin de comprarle algún regalo exquisito, o quizá no muy refinado, pero sí de la elocuencia de una mansión, de un gran terreno, acaso de varios automóviles, si ella así lo deseaba.

Pronto reunieron un millón de pesos y ya con el dinero en su poder, la comisión designada para hacer saber a la señora el deseo de todas sus amigas, se dispuso a cumplir con el encargo. Había que saber primero lo que ella desearía poseer, en recuerdo de la amistad que las había unido y de esos seis hermosos años que vivieron entregadas a las obras de caridad y a los trabajos de servicio social.

La entrevista fue cordial, aunque de resultados imprevistos:

—Muchas gracias —dijo ella, la que recibía el homenaje, no bien supo de labios de sus amigas el motivo de su visita—. Pero en lugar de obsequio preferiría el dinero en efectivo, contante y sonante.

Y a sus palabras siguió este ademán significativo, ya para entonces imperante: un rítmico golpear de sus dedos sobre una mesa.

—Mejor el dinero, ¿verdad? —Y el dinero le fue entregado dos horas después, en forma de cheque al portador.

Todavía añade el general Cruz:

—Y como ese detalle, pequeño, pero significativo, tantas, pero tantas cosas más, tantos abusos y tanto saqueo, que si empezara a contar, aquí nos pasaríamos las horas y los días...





*Francisco Serrano, Roberto Cruz y Pedro Almada durante una ceremonia de premiación en el Teatro Iris, 1923.*

Almada y luego Cruz dirigieron la Inspección General de Policía de la ciudad de México.



## IV

*Los Mochis, Sin., septiembre de 1961.*

Era como carne reseca a la que no entra el cuchillo. Su sangre no formaba un torrente cálido, palpitante, sino un caudal de temperatura siempre fría. Era soberbio y se comportaba como si él mismo fuese el águila y la serpiente de nuestro escudo. No podía ofenderse, porque era tanto como mancillar a la patria. Una contradicción a sus deseos llegaba a ser una negativa a un servicio nacional. En su rostro, lleno de ángulos, que a ratos parecía tallado en roca; en sus ojos, que en ocasiones de tan severos parecían malignos; en su misma voz, que sólo por excepción fue efusiva y nunca dejó de ser dominante, se encuentran elementos objetivos del carácter de ese hombre que se llamó Plutarco Elías Calles.

Pero era, al mismo tiempo, inteligente y organizado, probo, revolucionario de convicción y más bien sobrio en sus costumbres personales. Recelaba de casi todo el mundo, aunque se confió en exceso en algunos amigos que llegaron a traicionarlo.

No cree el general Roberto Cruz —que así veía a Calles y así lo retrata ahora— que haya habido en el gobierno callista quien se atreviera, ya no digamos a negarse a obedecerlo, o a disputar con él por una cuestión de principio, sino a hacerle frente y oponer resistencia a cualquiera de sus decisiones. Era omnímodo y absoluto. Si por dictador debe entenderse a un hombre que nada vislumbra, que nada concibe más allá de su voluntad, Calles ha sido la estampa viva del dictador de México. No era sanguinario, en el sentido de que le gustase matar, de que experimentase complacencia en el acto mismo de ver caer a un hombre, pero tampoco le inquietaba ese acto postrero y en cierto modo supremo de la existencia. Sin que le temblase la voz, sin que se alterase un músculo de su cara, tranquilo como si acabara de tomar un baño de agua tibia, podía disponer —y hasta con indiferencia— de la vida de los demás. Su pulso no se alteraba por ello ni se desviaba la línea de su pensamiento.



*Roberto Cruz y Antonio J. Villarreal en el Colegio Militar, 1923.*

Ceremonia de colocación de la primera piedra al monumento a los Niños Héroes, obra del escultor Ignacio Asúnsolo.

Acaso un hombre —Álvaro Obregón— se le enfrentaba al general Calles, disputaba con él, lo contradecía y aun imperaba sobre sus decisiones. Pero si eso ocurrió alguna vez, fue siempre en privado. Fuera de él, nadie. Hay quien dice que Calles sabía escuchar y era capaz de rectificaciones a su propia conducta política. “Era excepcional que así ocurriese”, dice Cruz. Escuchaba, a veces solamente y eso antes de resolver algún punto determinado, pues una vez asumida una actitud, era como una cascada: nada le haría variar el curso de su dirección, como no fuese una fuerza superior a la suya.

Así lo conocí en Palacio Nacional, en su casa y en la mía, la única casa de sus amigos a la que iba a comer sin invitación previa cuando sus años de presidente de la República. Era amable y mal hablado en la mesa, le gustaban los platillos sonorenses, como la carne frita, el caldo de queso, el menudo y el café al estilo del norte, de ese que se cuele por una talega de manta. Comía con apetito, pero rara vez con exceso. Y no usaba nada de aquello que hoy tanto se aprecia entre los millonarios políticos y los políticos millonarios: la champaña, los jaiboles y todo lo demás.

Murió pobre, como Carranza, como Adolfo de la Huerta, como el mismo Obregón. Perteneció a esa generación que pensaba que robar a la patria era un crimen, que hacer negocios a la sombra del poder constituye un delito infamante, que el hombre que redondea fortunas desde la cima de la función pública, se degrada y degrada a su pueblo. Tuvo muchos errores que le han sido acremente censurados, pero tuvo también esa gran virtud que pocos gobernantes han sabido imitar después: la probidad. “He visto el desfile de presidentes y de ministros, después de Calles. ¿Cuántos han salido pobres y cuántos han salido ricos, millonarios, podridos en dinero, con una riqueza tal que no son capaces de gastar siquiera el interés de cuatro por ciento anual que les producen sus cuentas bancarias? ¡Que me contesten los nuevos revolucionarios, si se atreven; que le hablen a este viejo revolucionario de 73 años de edad!”

Ya en las postrimerías del gobierno de Obregón, Roberto Cruz fue designado jefe de la zona militar en Puebla. La agitación política amenazaba cundir por todo el estado y había que estar prevenidos. Hubo quien, en esa época, pretendió que fuese gobernador de la entidad, por lo que una comisión encabezada por el general José María Sánchez se trasladó a la ciudad de México y habló, no ya con el presidente, sino con su inminente sucesor, con Calles.

La respuesta con que retornó la comisión a Puebla fue la siguiente, más tarde confiada por el propio Calles, a quien con el tiempo serviría como inspector general de Policía: “Cruz no es político; es un buen soldado y una de las glorias de nuestro Ejército. Así es que fíjense ustedes en otra persona”.

¿Tuvo razón Calles?

Esto es lo que piensa el militar de Sinaloa: “Me conocía bien. Nunca he sido político. Si acepté la Inspección de Policía fue porque el presidente Calles me lo ordenó y yo tenía que obedecer como militar. Sólo que llegado el momento, habría de pedirle que no tuviera yo más superior que él y que con él acordara directamente, sin intermediarios. Y así lo hizo. Me enorgulleció la distinción y más aún cuando empecé a verlo todos los días”.

Fueron momentos felices para Roberto Cruz, según la reconstrucción que ahora hace de aquella época. Acordaba en Palacio, subía por el mismo elevador que “el mismísimo señor presidente de la República”, muchas veces vestido de militar, pero muchas, también, con su traje de charro; no veía siquiera a los ujieres cuando le abrían la puerta y se sentaba, escritorio de por medio, sin testigos, frente al general Plutarco Elías Calles. Lo observaba todo: los cuadros de Hidalgo, de Juárez, de Morelos, de Allende; las carpetas impresionantemente abultadas que siempre estaban colocadas sobre la mesa

de trabajo y esa estatuilla que tanto le gustaba: una pieza de bronce que terminaba en cenicero, pero no sin antes haber dibujado la esbelta silueta de una sibila.



*General Francisco Serrano Barbeitia, ca. 1922.*

El secretario de Guerra y Marina durante una gira del presidente Álvaro Obregón.

Iba Cruz a los toros, al box, a la lucha, al teatro, al cine, a todos los espectáculos. Algunas veces, como siempre vestido de militar. Pero las más que podía —y con qué orgullo, con qué alegría—, de charro.

Muchas veces dijo a sus amigos: “La Inspección de Policía no me ha dado ninguna personalidad a mí; yo he ido a darle personalidad a ella”.

Y agregaba que esa oficina no era lo que algunos creían, sino una dependencia mucho más importante. “El presidente y yo, cuando estamos en acuerdo, económicamente la llamamos ‘Secretaría de Seguridad Pública’”.

No cabía Roberto Cruz en su gigantesca humanidad, mientras Jesús Palomera López se encargaba de la vigilancia de la ciudad. Palomera López fue capitán y jefe de Caballería de la Inspección. ¿Fue hombre justo? “No sabría decirlo.” ¿Mató?

A sangre fría, como un sanguinario vulgar, nunca. Pero a impulsos de la disciplina que yo había impuesto, seguramente muchas veces. Ocurría que la ciudad de México estaba en aquel entonces infestada de bandas de malhechores, de asaltantes, de ladrones, de viciosos, de todo tipo de maleantes. Eran maleantes armados que hacían frente a la policía. ¿Qué íbamos a hacer, en casos así? Pues lo que hicimos: caerles primero y si sacaban las pistolas y hacían fuego, matarlos.

Pero ése es tema que no agrada a Roberto Cruz. Él prefiere volver a su traje de charro y a la plaza de toros. Cómo le gustaba, enfundado en su cargo de inspector general de Policía, ir a la plaza y ver torear a Gaona, a Sánchez Mejías, a Juan Silveti, “mi amigo”.

Así vivía. En aquellos meses, encantado, feliz, casi tanto como después de un combate victorioso. El problema religioso no lo abordó con el presidente, hasta una mañana, “en que encontró a éste más serio que de costumbre y, por vez primera excitado hasta el nerviosismo”.

¿Cuál es la versión de Roberto Cruz sobre las causas que desataron la violencia entre los dos poderes?

Dice, textualmente:

Cuando surgió lo que se ha dado en llamar conflicto religioso, me encontraba al frente de la Inspección General de Policía. Este llamado conflicto fue provocado por el alto clero, con motivo de la entrevista que un reportero le hizo al arzobispo de México. La pregunta crucial al prelado fue qué opinaba la Iglesia respecto de las leyes que nos rigen. El arzobispo contestó que eso no eran leyes y que, por tanto, la Iglesia no las respetaría.

Así surgió el conflicto. Ese día, vi al presidente Calles en Palacio. Apenas me saludó y me recibió con estas palabras que no olvidaré mientras viva: “Lo que han dicho es un reto al gobierno y a la Revolución. No estoy dispuesto a tolerarlo”. Estaba muy excitado. Se ponía de pie y ocupaba luego su silla de trabajo. “No estoy dispuesto a tolerarlo.” Me repitió varias veces. Entonces ordenó —y me lo ordenó a mí, antes que a nadie— “que ya que los curas se ponían en ese plan, se aplicara la ley tal y como estaba”. Habríamos de cerrar conventos, clausurar seminarios, expulsar sacerdotes extranjeros, oponernos a toda manifestación de culto, impedir que siguieran



funcionando colegios confesionales. Habríamos de actuar de inmediato. Pero, ¿quién tuvo la culpa? Yo sostengo que el alto clero, por sus declaraciones inoportunas, innecesarias y completamente antipolíticas de su prelado. ¿A quién se le ocurría desafiar así a un hombre como Calles? ¿Qué no sabían la clase de pulgas que tenía ese señor?

Vino luego la fundación de la Liga de la Defensa de la Libertad Religiosa. Y más tarde el caos sobre México.



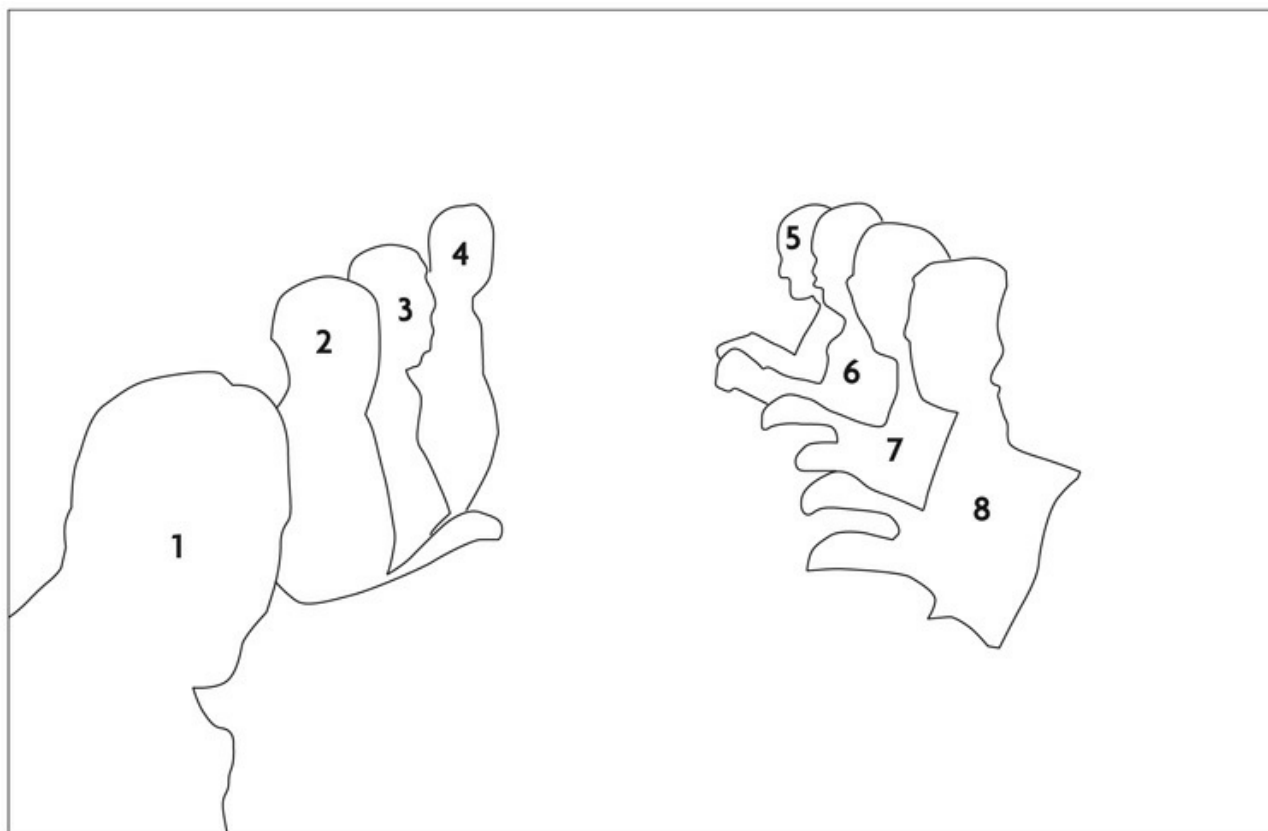
*Roberto Cruz, Francisco Serrano y Abelardo Rodríguez.*

Cruz, Serrano y el segundo presidente del “maximato”, durante una ceremonia en el Colegio Militar.



*Banquete en honor del general Francisco R. Serrano en Xochimilco, 19 de noviembre de 1921.*

Francisco Serrano era un general que gozaba de la simpatía de un amplio sector del ejército.



1) Fernando Torreblanca Contreras; 2) Arturo de Saracho; 3) licenciado Aarón Sáenz Garza; 4) general Roberto Cruz; 5) general Francisco R. Serrano, subsecretario de Guerra y Marina; 6) presidente Álvaro Obregón; 7) doctor Manuel E. Malbrán, embajador de Argentina; 8) Juan R. Platt.

Con más de 100 nietos y bisnietos por él conocidos, ¿lamenta Roberto Cruz lo ocurrido?

Él sostiene que sí.

Y dice:

Con la lucha religiosa, se perdió un gran presidente para México. Pese a todo lo que se diga y a todos sus defectos, era un gran patriota y un gran reformador. Y tenía carácter para haber visto por el bien del país.

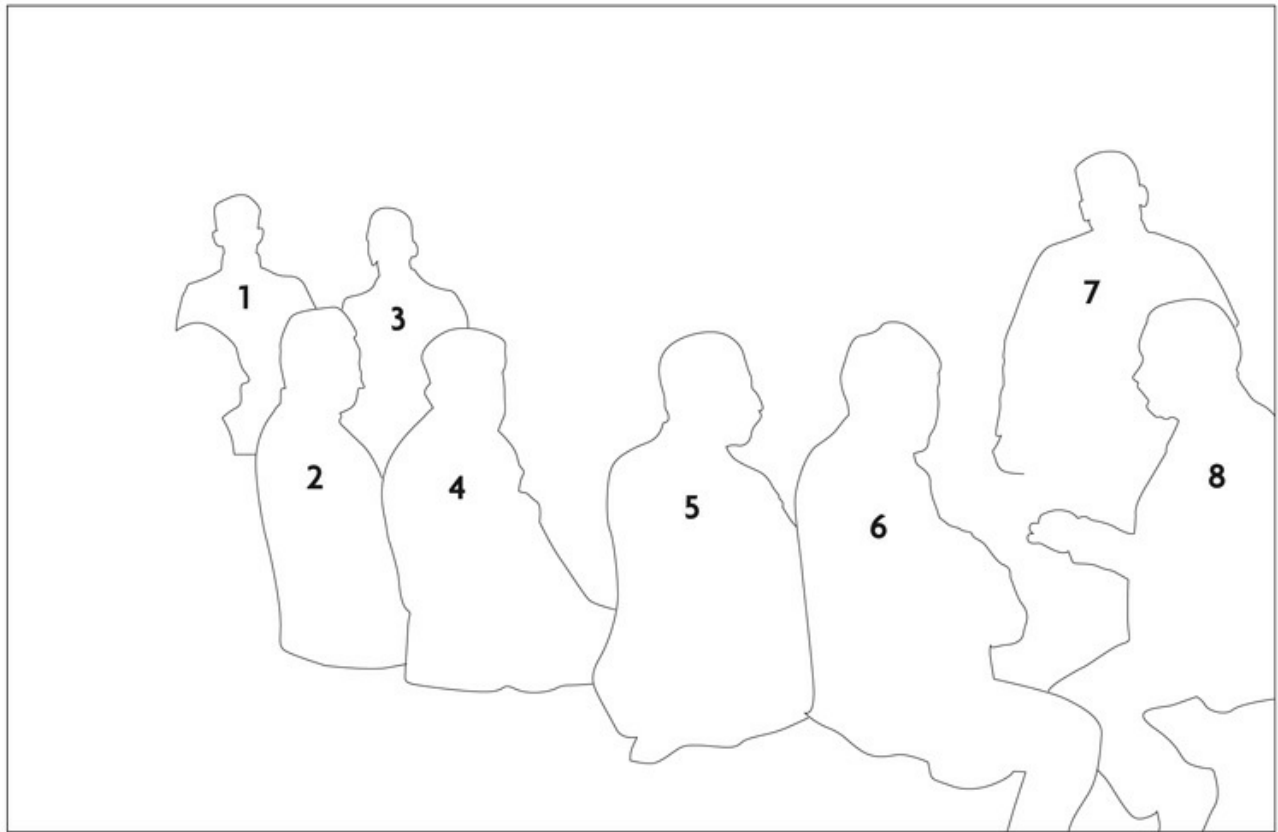
Se ahondaron odios que hubiera sido mejor no se produjeran entre los mexicanos. Murió mucha gente y todos sufrimos atraso. Hubo violencia y más que eso: barbarie. Nosotros fusilábamos a los que caían en nuestras manos; ellos, los colgaban. Se dice que nosotros cometimos muchas infamias. No lo dudo. Era la lucha que sólo trae el desbordamiento de los instintos, que saca a flor de tierra al hombre primitivo. ¿Pero acaso ellos no las cometieron? A los que dicen que los cristeros fueron unos santos, yo les recuerdo: ¿No sitiaron un tren en las inmediaciones de Yurécuaro, repleto de hombres, mujeres, niños y ancianos, y creo que hasta perros y gatos, y no le prendieron fuego? ¿Y no participó ahí un sacerdote que estoy casi seguro se apellidó Pedroza? Que se acuerden, que se acuerden bien y dejen a un lado tanta mentira. Con las armas en la mano, en plena lucha, todos somos iguales, los revolucionarios y los cristeros, los franceses, los alemanes, “los gringos”, los blancos y los negros. ¿Para qué tanta hipocresía de que ellos fueron los buenos, siempre los buenos, y nosotros los malos, siempre los malos?

Ha dicho esto último el general Cruz con los dientes fuertemente apretados. Sus palabras se han oído como un rechinado. En estos momentos vive otra vez lo que ha dicho antes: odio.



*Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles en un banquete celebrado en Jardines de Santa Fe, 1922.*

El general Pedro J. Almada era inspector de policía de la ciudad de México.



1) Capitán Miguel Badillo, Estado Mayor Presidencial; 2) general Pedro J. Almada; 3) coronel Felipe Islas *el Bigotón*; 4) general Roberto Cruz; 5) general Amado Aguirre; 6) licenciado Eduardo Neri; 7) general Plutarco Elías Calles; 8) general Álvaro Obregón.

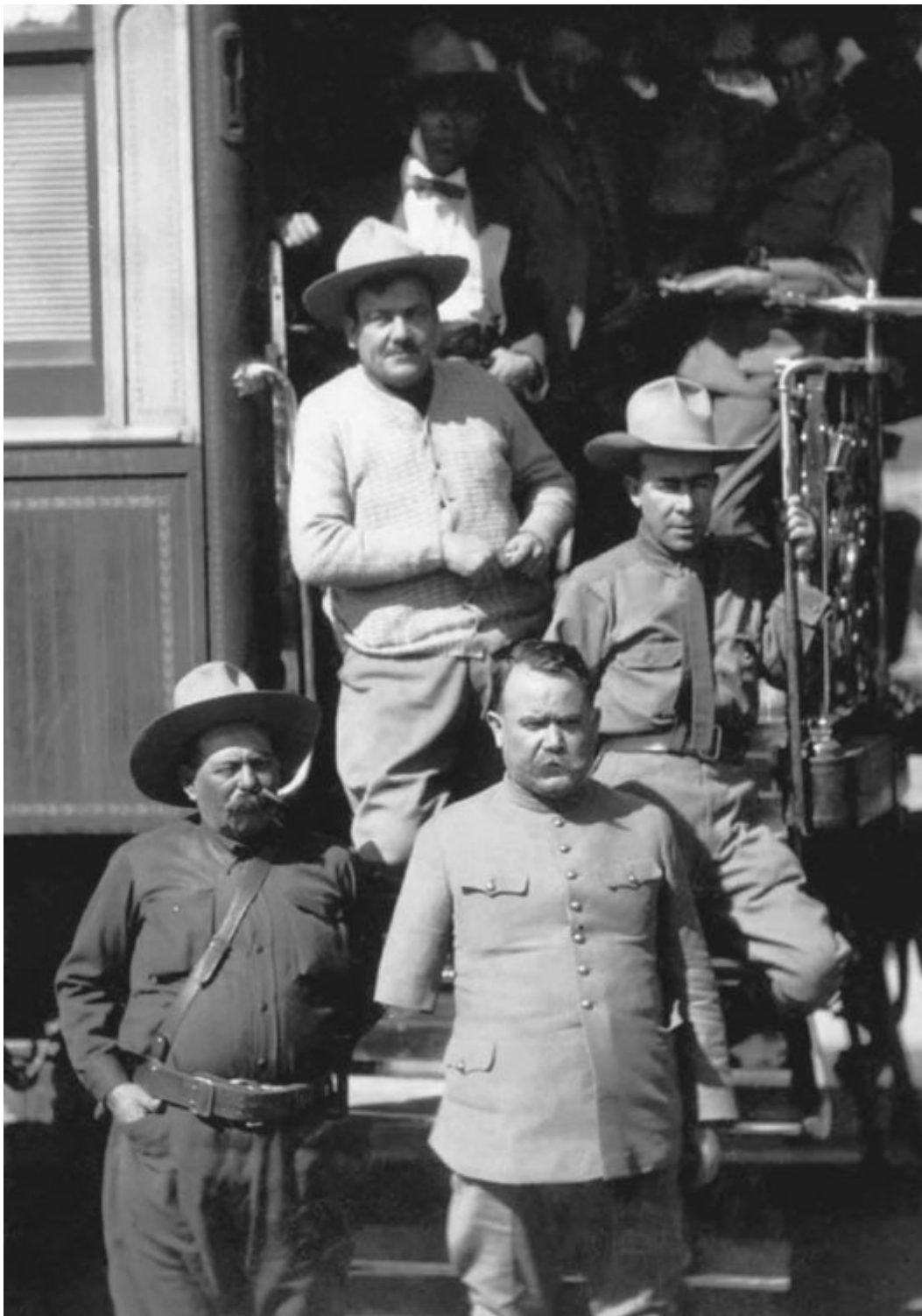
“Que no engañen más —prosigue—. Ya pasó mucho tiempo. Podemos ver ahora las cosas como son y reconocer que de los dos lados hubo crímenes, excesos, bandolerismo. Pero era la lucha, que no es sino sangre, venganza, destrucción, una escupida sobre todo lo que es bueno.”

Dice todavía, ya en otro tono más reposado:

Más vale que siga todo como está. Llevamos ahora buen camino. Que ellos se excedan, pero poquito; y que nosotros nos “aguantemos”, poquito también. Que recen, que se den golpes de pecho, que hagan lo que quieran dentro de sus templos, sus seminarios, sus conventos, sus colegios; que sigan con sus peregrinaciones a la Villa de Guadalupe, que traigan más curitas de otros países, pero que no quieran salirse del huacal y venir a cantar a mi gallinero, porque lo más probable es que sea yo entonces el que salga del mío y vaya a cantar al suyo.

Que violen la Constitución, pero poquito. Y que nosotros nos hagamos los tontos, poquito también...

Y se ríe, satisfecho de sus palabras. Pero se ríe, “poquito también”, como si tuviera prendidas con alfileres las comisuras de los labios y no pudiera mantener en su lugar la dentadura. Y se escucha un ji, ji, agradable...



*El presidente Álvaro Obregón al pie del tren presidencial en Celaya, Guanajuato, enero de 1924.*

Los generales Eugenio Martínez, Plutarco Elías Calles y Francisco R. Serrano acompañaron al presidente Obregón durante la campaña militar contra la rebelión delahuertista, en la que se alzó el 40% del ejército.



## V

### *Los Mochis, Sin., septiembre de 1961.*

El gobierno de Calles, y Roberto Cruz, ejecutor de sus órdenes en la ciudad de México, prohibieron toda manifestación de culto durante la época de la persecución religiosa. Bueno, eso podía haber sido cierto en cualquier rumbo de la metrópoli, menos en una casa... ¡la casa del propio inspector general de Policía!

En ella vivía doña Luz Anchondo, y Roberto Cruz, su marido, estaba enamorado de ella. “Era una señora muy guapa. ¡Viera de joven qué bien plantada era! Y como ella quería que hubiera misa todos los domingos, sin fallar uno solo, pues que las hubiera. ¿Cómo negarle un favor a doña Luz? No hubiera podido. Así que acepté que fuera el curita cada semana y que rezaran con él todos los mochos y mochas que se reunían en mi casa de la colonia Hipódromo, en la esquina de Celaya y Tehuacán, que a mí ningún daño me hacían.”

La misa se iniciaba los domingos en punto de las ocho de la mañana. Oficiaba un sacerdote joven, apellidado Cortés. A esa hora, el temible general apenas se desperezaba en la cama. Eran los momentos tradicionales en que estiraba los brazos y piernas, se revolvía en el lecho, consultaba de pronto el reloj y, de un salto, se dirigía al cuarto de baño. Bajaba cerca de las nueve, no sin que antes escuchara con la puerta entreabierta —“porque había que vigilar, a pesar de todo”—, ese dulce murmullo que se forma con las jaculatorias y oraciones de los creyentes.

Ya en el comedor, se sentaba al lado del “curita”, como dice Cruz. “Él, en la cabecera, como debía ser, y yo, a su lado, a la derecha.” Se comía con apetito, “como si fuera una primera comunión”: tamales, chocolate, atole, gelatinas y muchas cosas más. El número de comensales nunca fue menor de 15 y muchas veces mayor de 30. Tablas y más tablas se agregaban entonces a la mesa, “a fin de que todos estuvieran cómodos y pudiesen platicar a gusto”. Con frecuencia la charla se prolongó hasta las 11 y 12 de la mañana.

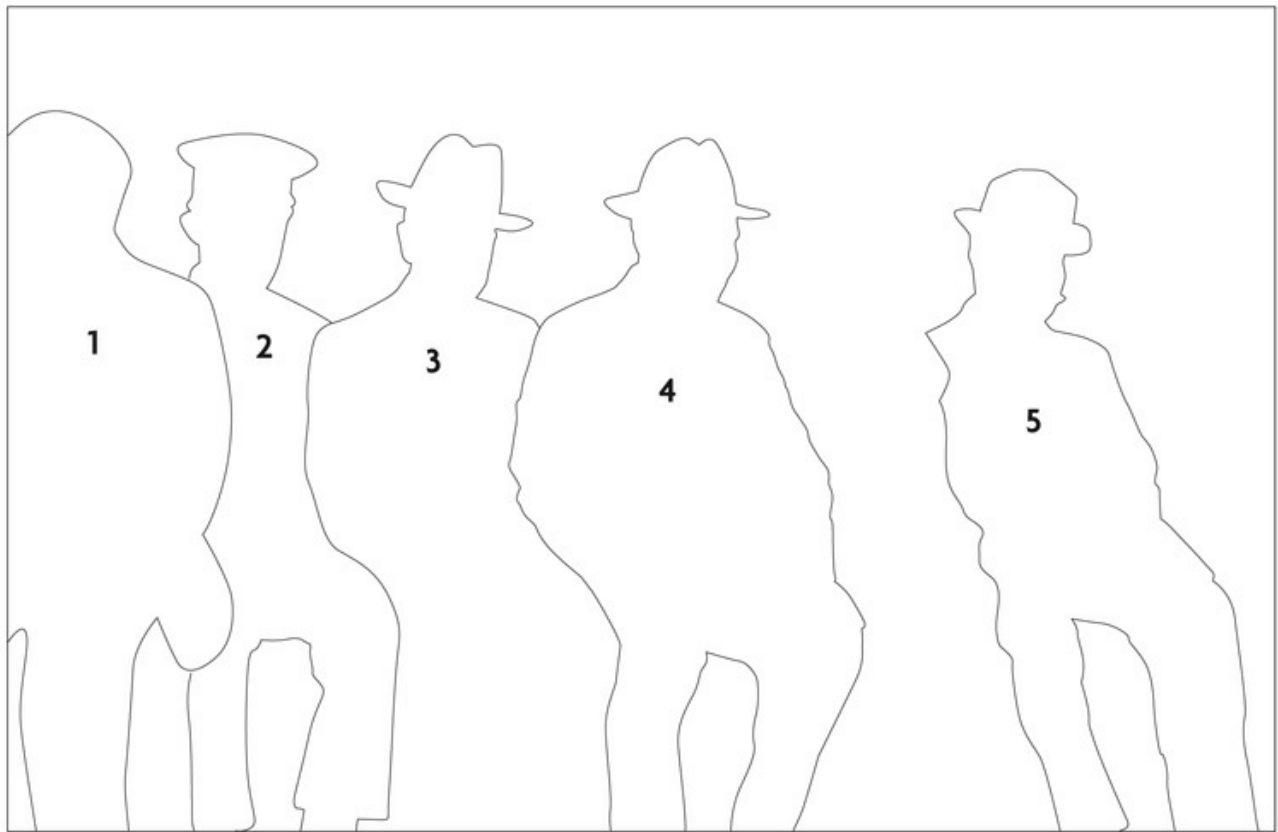
Roberto Cruz salía entonces con rumbo a un sitio, siempre el mismo: el Lienzo Charro.





*El presidente Álvaro Obregón, 1924.*

Su gran error fue buscar la reelección; esto le costó la vida.



1) Jorge Prieto Laurens; 2) general Francisco R. Serrano; 3) general Amado Aguirre; 4) general Plutarco Elías Calles; 5) presidente Álvaro Obregón.

Pero antes, en la calle, cuidaba de que la única advertencia que le había hecho a doña Luz, severo el rostro y la voz lo más enérgica que le había sido posible, se hubiese cumplido al pie de la letra: “No quiero ningún coche frente a la puerta de mi casa. Que los dejen allá lejos, a dos o tres cuadras de distancia. Pero que aquí no haya aglomeración ni se vaya a notar nada”.

Y como comprobara que no había automóvil alguno al lado de su residencia, satisfecho y de buen humor marchaba a su distracción favorita de cada domingo.

—¿Alguna vez supo el presidente Calles todo esto?

—No tenía por qué saberlo ni yo por qué írselo a contar.

—Pero... ¿y sus órdenes?

—¿No estaba doña Luz Anchondo de por medio? Y, además, ¿no eran en la casa de él mismo, todos católicos? ¿No lo fue su esposa? ¿No lo son ahora sus hijas?

Qué no habría ocurrido entre nuestros comisarios. No una, mil historias podrían escribirse si alguna vez se descubriera todo lo que encierra su pasado. Se da en ellos lo grotesco y lo cómico, por igual, lo ligero, lo trágico y lo pequeño, lo mezquino hasta su último grado, hasta lo miserable. “Ah, nosotros los comisarios”, rememora el mismo

general Cruz, divertido, y tan divertido como no lo habíamos llegado a ver en ningún momento de las horas precedentes.

Viene entonces a cuento una historia de la que él había oído hablar, pero siempre de manera vaga y lejana. Se produjo también hace muchos años, poco después del mandato de Calles, cuando los tiempos del presidente Pascual Ortiz Rubio. Es una historia como no debe de haber muchas; historia de revolucionarios y de otro inspector de Policía: de Talamantes. Una vez la escuchamos narrar al hombre que la vivió, al pintor Siqueiros, quien la relató así:

Preso e incomunicado veía pasar los días en los separos de la Inspección General de Policía. Diez, nada menos, habían transcurrido. Prácticamente no podía tomar café, al que soy tan afecto, porque los encargados de repartir el rancho me decían: “Si quiere café, ponga las manos”. La comida me la “servían” en la parte de abajo del suéter, que yo estiraba para que me sirviera de cacharro y después pudiera tomarla con los dedos.

Mi suéter, que fue blanco, estaba ahora negro y lleno de grasa. A mí mismo me causaba repugnancia. Muchas veces me limpié con él las narices, la boca, las mejillas sangrantes. Como era muchacho y estaba fuerte, les exigía que me entregasen las cobijas que indudablemente mi familia o mis amigos me habían llevado y entonces me ordenaban, a gritos y con insultos, que me callara. Yo les contestaba: “¡Si quieren que me calle, vengan a callarme!” Entonces entraban seis, siete celadores, y aunque yo me les lanzaba encima, siempre acababan golpeándome y dándome de patadas en la cara y en el cuerpo.

En una ocasión, como a las tres y media o cuatro de la madrugada, se abrió repentinamente mi celda, mientras yo me encontraba tiritando sobre la cama de metal, sin el menor abrigo. Apareció en vez de uno de los celadores, uno de los oficiales del Ejército, quien con voz terminante me dijo: “Haga usted el favor de salir”. Yo, presa de cierto natural temor —pues, ¿por qué me sacaban de la cárcel a esa hora y precisamente militares y no policías?—, pretendí decir en alta voz: “¡Compañeros!”, para que me escucharan los demás presos que estaban en otras celdas, “en estos momentos me sacan de la Inspección oficial y un piquete de soldados”. Pero me dio vergüenza hacer tal cosa y me quedé callado.

Al salir del edificio de la Inspección, nos encaminamos hacia Madero, yo en medio del piquete de soldados y sin saber aún de qué se trataba. Pensaba por qué me habrían aprehendido y secuestrado y por qué después de 10 días aún no sabía cuál era la acusación que había en mi contra. Algo totalmente ignorado por mí, pero que yo suponía terrible, dada la actitud que la policía había tenido para conmigo. Consolándome, pensé: “Quizá me trasladen a la Penitenciaría y lo hacen de noche para que nadie se entere”.

Pero al llegar a San Juan de Letrán, dimos vuelta a la derecha. “¿Qué pretendía aquella gente?” Seguimos caminando por San Juan de Letrán, que entonces se cerraba a las seis o siete calles de distancia del cruce de Madero, para llegar hasta colocarnos frente a un cabaretucho, que creo que se llamaba “Viva Jalisco”. Al llegar frente a la puerta de esa cantinucha, el oficial en cuya cara creí adivinar una cierta sonrisa, me dijo: “Señor Siqueiros, haga usted el favor de subir”. Y, en efecto, delante de mí, una vez que había sido abierta la puerta, vi una escalera. Lentamente empecé a trepar, seguido de los soldados, cuando de pronto escuché un estruendo terrible de risotadas y gritos, tanto de hombres como de mujeres, y segundos después me empezaron a caer chorros de tequila y cerveza en la cabeza. Sin duda alguna estaba yo llegando a un lugar en que se celebraba una desenfadada bacanal.

Me vi rodeado de oficiales del Ejército y de muchachas de parranda, muchas de las cuales me parecieron maravillosas después de mi encierro de 10 días, y a la cabeza de aquella avalancha venía hacía mí, abriéndose paso, nada menos que el general Jesús Ferreira, compañero mío de la División de Occidente.

No averigüé más en ese instante. Elevado a la categoría de invitado de honor, se me agasajó con lo mejor de esa noche, no obstante el aspecto físico en que me encontraba. Como a las nueve y media de la mañana, colgando de los brazos de algunos oficiales que habían participado en la parranda, por el exceso de bebidas que me habían dado, regresé de nuevo a mi mazmorra de la Inspección de Policía.

¿Qué había pasado? En cuanto a mi prisión, me enteré de que a muchos comunistas nos investigaban en relación con un gravísimo atentado que se había producido contra el presidente de la República, don Pascual Ortiz Rubio. Un individuo le había dado un balazo en la boca, cuando el presidente salía en su automóvil de Palacio. ¿Pero por qué no me habían interrogado, teniéndome solamente encerrado en aquel chiquero?

Y en cuanto a lo otro, la cosa era sencillamente mexicana, algo que supongo no puede sino acontecer aquí: encontrándose el general Ferreira en plan de parranda con un grupo de 25 o 30 oficiales e igual número de muchachas, alguien dijo: “Hombre, el pobre Siqueiros está encerrado en la Inspección General de Policía”. Inmediatamente, el general Ferreira, por propia voluntad y ante la aprobación general, se dirigió por teléfono al entonces inspector de Policía, coronel Talamantes, quien también había pertenecido a la División de Diéguez, diciéndole: “Bajo mi responsabilidad, préstanos a Siqueiros una noche. Mañana te lo devolvemos...”

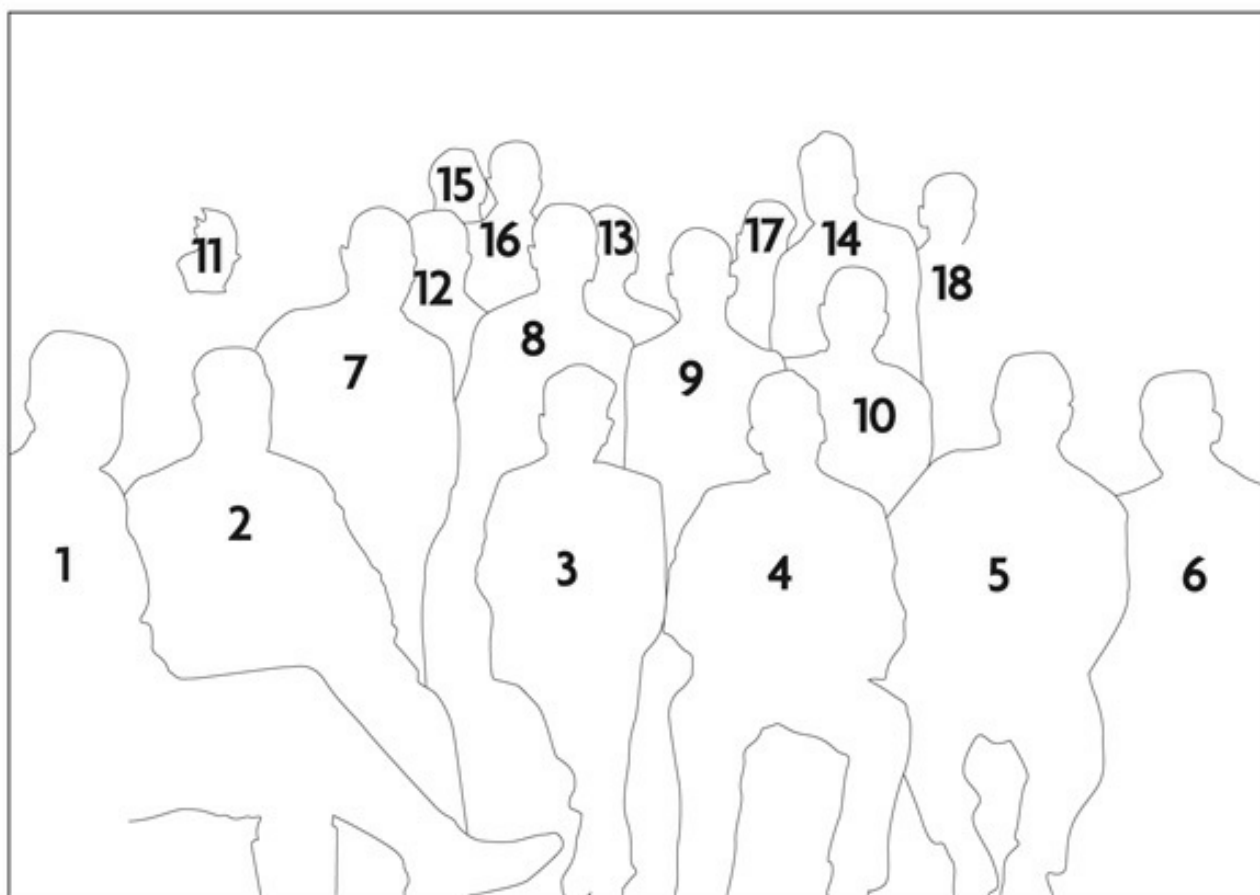
Roberto Cruz guarda un momento de silencio. “No lo dudo”, expresa luego. “Lo que ha ocurrido en nuestras comisarías no ha pasado en ninguna parte del mundo.”

Pero quiere que la atención vuelva a concentrarse de nuevo en él. Y dice: “¿Ya ve lo mío? ¿Misas en mi casa? ¿Y durante la persecución religiosa? ¿Y con una fiera de por medio, como era el presidente Calles? ¿Quién lo hubiera creído, eh?”



*El presidente constitucional Plutarco Elías Calles, 1926.*

El grupo revolucionario, en disputa permanente por el poder, perdió a muchos de sus más distinguidos elementos en medio de las batallas por la presidencia de la República.



1) General Roberto Cruz; 2) Luis N. Morones; 3) Carlos Vega; 4) general Plutarco Elías Calles; 5) Carlos Riva Palacio; 6) licenciado Aarón Sáenz Garza; 7) Francisco Salido; 8) Arturo de Saracho; 9) ingeniero Luis L. León; 10) Eduardo Ortiz; 11) ingeniero Marte R. Gómez; 12) general Juan Andrew Almazán; 13) Luis Benvenuti; 14) Melchor Ortega; 15) Manuel Riva Palacio; 16) Eduardo Vasconcelos; 17) Ramón Limón; 18) Narciso Bassols.

Han quedado olvidados los cuentos de comisaría. Y se ha quedado atrás la época de Calles y, momentáneamente, ha desaparecido la ciudad de México.

Ahora es otro ámbito: Italia y, más concretamente aún, Castel Gandolfo. Subsiste el personaje, Roberto Cruz, aunque ahora situado en el año de 1934.

Viajaba por Italia con su esposa doña Luz Anchondo, y ella, naturalmente, católica antes que nada, deseó visitar al Padre Santo.

“El curita Edmundo Iturbide, gran amigo mío —y lo dice el general revolucionario con énfasis, como si añadiese una condecoración más a las que ya posee—, fue el conducto para que visitáramos al papa.”

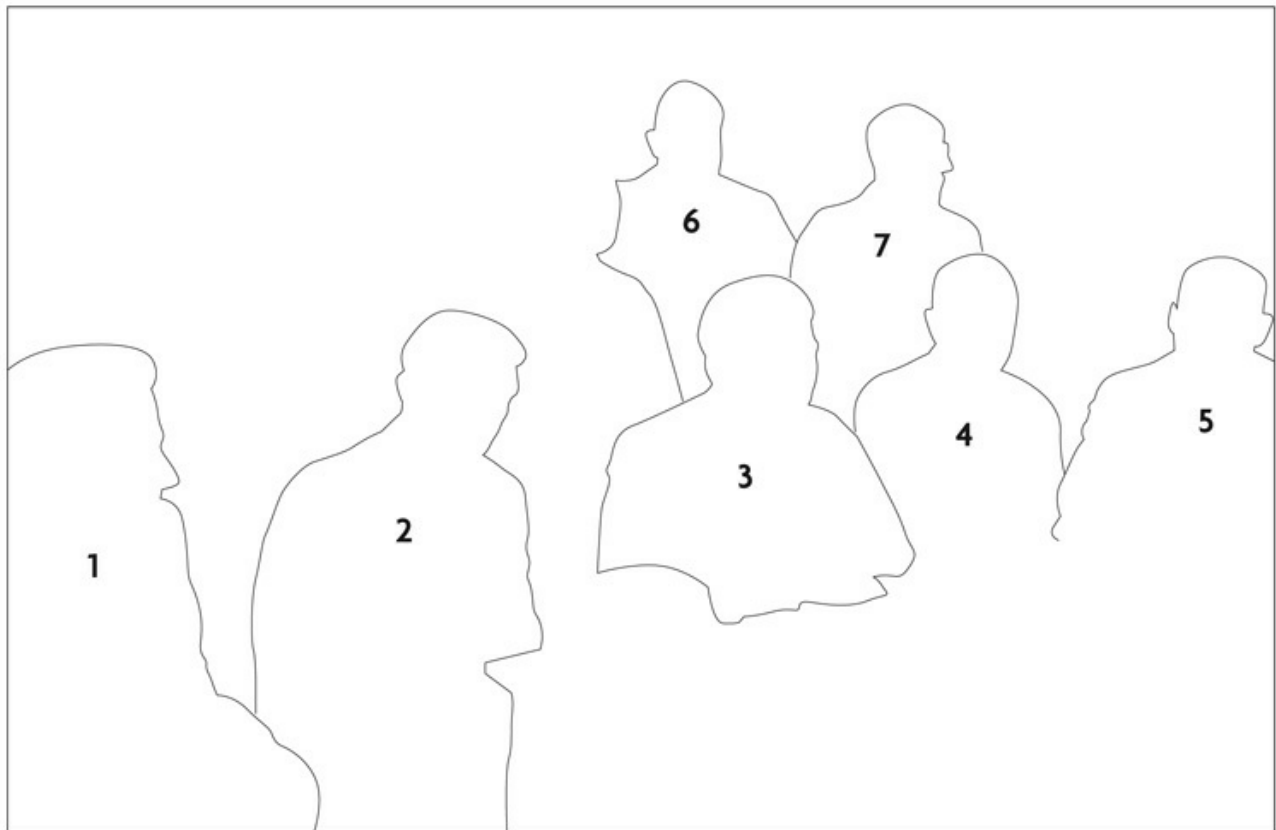
Ocurrió una mañana, a las 11. “Yo iba, como siempre, elegantemente vestido. Y la señora, de negro y con un ‘manejo así de rosarios’, porque quería regalárselos a sus amigas —que siempre fueron muchas—, cuando regresáramos a México. Yo la veía con

las dos manos ocupadas, como si cargara flores. Y la pobrecita, viera qué feliz estaba. Respiraba hondo y estoy seguro que en ese momento no se hubiera cambiado ni por la Reina de Inglaterra”.



*Presidium en la inauguración de la Escuela Central Agrícola “La Huerta”, 3 de octubre de 1926.*

Justo un año más tarde, el general Francisco R. Serrano murió asesinado en Huitzilac.



1) General Francisco R. Serrano; 2) ingeniero Luis L. León; 3) general Plutarco Elías Calles; 4) coronel Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación; 5) doctor José Manuel Puig Casauranc, secretario de Educación Pública; 6) Carlos Riva Palacio; 7) coronel Filiberto Gómez.

Las facultades descriptivas de Roberto Cruz son limitadas frente a la magnificencia de Castel Gandolfo. “¿Cómo es aquello?”, le habíamos preguntado. Y él, por toda respuesta, había dicho: “Boato, mucho boato. Boato por todos lados. Qué lujo, qué aparato el de esos señores. Por donde se levantara la vista no se veía sino boato. Que la Guardia Suiza, que los cuadros de los grandes pintores, que los corredores con estatuas de mármoles. La verdad sea dicha nos gustó mucho todo ese bombo”.

Hubieron de esperar a Su Santidad cerca de 15 minutos. Cuando apareció transportado en andas, doña Luz Anchondo cayó de rodillas, como todos los presentes, con excepción de uno: “Yo no, por supuesto: yo continué de pie”.

Recuerda así al Sumo Pontífice el general Cruz: “Un viejecito que a mí me dio la impresión que tenía más de 80 años. Apacible, dulce, de semblante afable y muy bueno”.

Pío XI —pues de él se trataba— bendijo a todos. Pronunció unas palabras en italiano, algunas en francés, otras en inglés y unas, también, en español. “Qué cara tan buena la del hombre. A mí no me conmovió, porque soy renegado, pero sí vi que entre los presentes había muchos que lloraban de emoción”, dice Cruz.



La audiencia fue breve. Se prolongó unos 10 minutos. Y no ocurrió nada más, como no fuera que a la salida de los salones del Sumo Pontífice, ya en la Secretaría, le fue entregado a la esposa de Roberto Cruz un cuadro con la efigie de Su Santidad, en la que le concedían indulgencias a ella, a su marido, a sus hijos...

Pero no pasó nada de lo que tanto se ha dicho. Que si el papa me dijo a mí, que si yo le dije al papa. Nada de eso, señor. La verdad es que yo nunca le he dicho nada al papa ni el papa me ha dicho nada a mí. Las cosas fueron tal y como ahora las cuento, por vez primera en mi vida. Hace poco se dijo, a este respecto, que eran inverosímiles las aseveraciones que yo había hecho. ¿Cómo puede ser inverosímil, pregunto yo, lo que nunca he expresado?

—¿Y el cuadro con la efigie de Su Santidad? ¿Qué fue de él?

“Permaneció durante mucho tiempo en nuestra casa; colgado de una de las paredes de la sala, hasta que murió mi esposa y se lo llevó una de sus parientes. A mí nunca me hizo daño, ¿por qué había de hacérselo a ella...?”



*Miguel Agustín Pro Juárez, capellán de la Liga para la Defensa de la Religión, 1926.*

Un año más tarde, fue señalado por Roberto Cruz como responsable del atentado contra Obregón. Sin juicio previo el presidente Calles ordenó su fusilamiento junto con otros tres católicos.



## VI

*Los Mochis, Sin., 6 de octubre.*

Qué serio, qué adusto, qué grave se observa el rostro del general Roberto Cruz en cuanto se pronuncia el nombre de Miguel Agustín Pro Juárez. Ése su aire severo, ese gesto frío, ese rictus duro que constituye una de las características más visibles de su personalidad exterior, se torna todavía más áspero apenas escucha hablar del sacerdote jesuita.

En cierta forma lo trata como si aún viviera y tuviera derecho de lanzarle una serie de amargos reproches: “Si no fuera por el curita, por Pro, yo no tendría esa fama de troglodita, de hombre primitivo, de matón. Y pasaría por lo que soy: por un hombre culto, fino”, dice Cruz.

No hay móvil para bromas y sí para expresiones de mal humor. “Que lo hagan santo, si quieren. ¿Qué esperan? A mí me da igual y me tiene sin cuidado. Bien saben que si Pro es elevado a los altares, como dicen los católicos, no será santo de mi devoción.” Y aquí inicia el general Cruz una sonrisa que no concluye, que pronto se ahoga en sus mismos labios.

Lo recuerda muy bien esa mañana, la última, en que el padre Pro salió del calabozo de la Inspección de Policía rumbo al paredón donde minutos después sería ejecutado, junto con el ingeniero Segura Vilchis y con aquel hombre modesto que se apellidó Tirado. Caminaba Pro con toda naturalidad, acaso con una mayor lentitud que en los días ordinarios. “No se mostraba erguido ni tampoco humilde. Vería de frente e iba vestido de negro. Era trigueño, moreno pálido, de figura agradable, con rostro de hombre inteligente y culto. No me dijo nada cuando pasó cerca de mí. Yo tampoco me dirigí a él. Luego lo vi en el paredón, demacrado, sin una gota de sangre, con los labios que parecían de papel. Y segundos después escuché la descarga cerrada de los cinco soldados que lo ejecutaron”.



*Un grupo de cristeros celebra misa, 1928.*

La Constitución de 1917 incluyó artículos que negaban la personalidad jurídica de la Iglesia, es decir, eliminaba sus derechos pero mantenía sus obligaciones. Calles decidió ejecutar el precepto constitucional. La Iglesia respondió llamando a desobedecerlo.

—¿Se conmovió?

—Nada.

—¿Está usted arrepentido?

—Cómo puede estarlo un militar que cumple con su deber, con una orden del presidente de la República.

—¿Volvería a actuar como entonces?

—Por supuesto.

—¿Pero lamenta lo ocurrido?

—Claro que sí. Quién no lo lamentaría en mi lugar. No es agradable ir por la vida con fama de matón, de hombre sanguinario, hasta de troglodita.

—¿Vislumbró en algún instante al santo en el padre Pro?

—Yo no creo en eso.

—¿Vio usted en Pro a un hombre mejor que los demás?

—Vi en él a un hombre como todos. Y si entre los ejecutados debiera creer en uno,

si entre los tres hubo un santo, ése fue el ingeniero Segura Vilchis. Más hombre que Pro y tan culpable como el curita en el atentado dinamitero. A ése sí sentí que lo hubieran “tronado”.

¿Cómo ocurrieron las cosas?

Según Roberto Cruz, de la siguiente manera:

Fue un oficial de la inspección de Policía quien me dio parte del atentado (dinamitero) que acababa de consumarse contra el general Obregón. Yo me encontraba entonces en mi diversión favorita, pues era domingo, cuando me enteraron de todo. (No confundir el atentado dinamitero cometido en el Bosque de Chapultepec, con el atentado de La Bombilla, San Ángel, en que Obregón fue muerto a tiros por León Toral.)

Salí lo más apresuradamente posible de la Inspección. Di las primeras órdenes. Y esa misma tarde hablé con el presidente Calles del asunto, en su casa. “Quiero una investigación a fondo y rápida”, me ordenó sin siquiera saludarme.

No tuvimos dificultad para iniciar las pesquisas por buen camino. Corrimos con suerte. Después del atentado contra Obregón en el Bosque de Chapultepec, cuando se le “aparejó” a su coche aquel otro en el que viajaban los conspiradores y le arrojaron las bombas, cayó herido uno de los maleantes. Uno de los nuestros le disparó y la bala le entró pegadita a la oreja. Allí mismo quedó ciego. Eso fue lo que nos ayudó pues ya en el hospital donde poco después sería conducido, reveló todo.

Uno de los agentes de la Inspección de Policía simuló que era su amigo. Se acercó a él, se hincó ante su cama y le habló muy quedito, en secreto, como simulando que había peligro de que lo escucharan, pero la verdad para que no identificara la voz y advirtiera que no pertenecía a ninguno de sus amigos. El ciego mordió el anzuelo, quizá porque ya estaba muy grave. Y poco antes de expirar dijo a nuestro enviado que le avisaran al padre Pro y que le avisaran también al ingeniero Segura Vilchis. “Que se escondan, pero pronto”, fueron quizá sus últimas palabras.

Lo demás fue fácil. Al curita lo “agarramos” —dice Roberto Cruz— en una casa de las calles de Londres. Y a Segura Vilchis en la Compañía de Luz y Fuerza, donde trabajaba. Dimos también con la casa abandonada donde fabricaron las bombas de dinamita. Encontramos indicios comprometedores y toda clase de huellas, algunas latas vacías y restos de explosivos. También el maletín de Pro. Allí estaba, en uno de los cuartos de ese hogar vacío de las calles de Santa María la Ribera. Nunca pudo explicarnos cómo fue que su maletín quedó allí. Nos dijo que lo había olvidado, que lo engañaron, que unas gentes de mal corazón sorprendieron su buena fe y le dijeron que una persona ya próxima a la agonía deseaba verlo y que se hospedaba en esa casa. Nunca le creímos. Era inverosímil. ¿Quién se arriesga en esas condiciones, quién, que es curita y curita en tiempos de persecución religiosa, abandona su maletín cargado con todas las cosas que ellos usan, dizque porque lo olvidó? Pierde la vida, pero no el maletín. ¿Y luego perder el maletín con frasquitos, con las hostias, con los óleos? Yo creo que el curita pensaba volver a la casa y por eso dejó allí el maletín mientras tanto y para su mayor comodidad. Pero ya no pudo. Lo sorprendimos y luego lo agarramos. Y ahí quedó, delator, contundente para nosotros, definitivo como prueba de su participación en el atentado ese maletín chiquitito, color café oscuro.



*En señal de advertencia, un agrarrista, bajo el mando del general Vargas, muestra las cabezas de dos cristeros.*

Una de las confrontaciones más cruentas entre el gobierno, encabezado por Calles, y la

Iglesia católica, fue la Guerra Cristera, que duró de 1926 a 1929.

Cuando Segura Vilchis y el padre Miguel Agustín Pro Juárez estuvieron en los separos de la Inspección General de Policía, Roberto Cruz observó —según dice— este contrastado cuadro:

¡Qué hombre el ingeniero Segura Vilchis! “Sí, yo fui el que planeó el atentado —confesó—. Yo los engañé. Yo soy el culpable de todo. No hay más responsable que yo. Yo los conduje a esa casa abandonada, sorprendiendo su buena fe. Que me maten a mí, si quieren, en este mismo momento, pero dejen en libertad a los que son y han sido inocentes toda su vida.” ¿Y el curita? Qué distinto se portó, viera usted. Todo el tiempo sostuvo que era ajeno al atentado y pedía que lo dejáramos en libertad. Ni siquiera abogó por el ingeniero Segura Vilchis. Éste sí que fue un hombre. Me impuso respeto desde el principio. El curita, no. Para mí ha sido como tantos otros que he visto en mi vida militar. No puedo decir que se acobardó, porque, hasta eso, siempre supo dominarse, por más que yo lo veía pálido y adivinaba todo lo que pasaba en su entraña.

A Calles, todos los días le informaba del curso de las investigaciones. Había una hora concertada para ese objeto: las nueve de la mañana.

A esa hora, puntualmente ascendían los dos por el elevador de Palacio, la víspera de la ejecución. Franquearon juntos las puertas del despacho presidencial y tomaron asiento, uno frente a otro.

—¿Todo listo?

—Sí, señor, aquí tiene usted el expediente en contra de los presuntos responsables del atentado dinamitero.

Y mientras el general Calles tomaba el legajo y se aprestaba a leerlo, el inspector de policía se hacía de una revista ilustrada.

“Veinticinco minutos duró la lectura. Ni una sola vez levantó Calles la vista de los papeles. Parecía más que un hombre, una estatua. No alteró su postura, no hizo más movimiento que el indispensable para ir pasando, una a una, las hojas del expediente.”

“Entonces está comprobada la culpabilidad de estos individuos —dijo Calles—. Y del cura, que fue el autor intelectual.”

(“¿Qué pruebas fueron ésas, general?” “No me acuerdo, pero del expediente se desprendían muy claramente. Habría que ir a él.” “Pero Pro nunca se declaró culpable.” “Ni falta que hacía. Las pruebas lo condenaron de manera clarísima.”)

A continuación, Calles guardó silencio. Como yo no le dijera nada, me vio fijamente. Recuerdo sus ojos pequeños clavados en los míos.

Luego dijo Calles:

—Esos individuos son implacables en sus procedimientos. Ahora fue el general Obregón, mañana seré yo, después usted. Así es que dé las órdenes correspondientes y proceda a fusilarlos a



todos.

Otro silencio en el despacho presidencial. Largo, intenso. Nuevamente los ojos del general Calles en los míos, inquisitivos e imperantes al mismo tiempo.

Le dije yo entonces, con todo el respeto debido, que si no le parecía más conveniente que los consignáramos a las autoridades judiciales, a un tribunal.

—¡No! —respondió.

Ahí quedó esa palabra, vibrante, única, momentáneamente absoluta.

—Hay que cortar el mal a tiempo, general Cruz. Ejecútelos y en cuanto esté cumplida la orden, venga a darme cuenta de ella.

Todo se hizo como él lo dispuso, a la mañana siguiente. Yo vi a los tres: al curita, al ingeniero Luis Segura Vilchis y a Tirado. Este pobre hombre estaba acobardado. Iba tapado con una cobija, arropado. Para qué querrá la cobija —pensé entonces—, si pronto va a estar frío y frío para siempre...



*Secuencia del fusilamiento del padre Agustín Pro, 1927.*





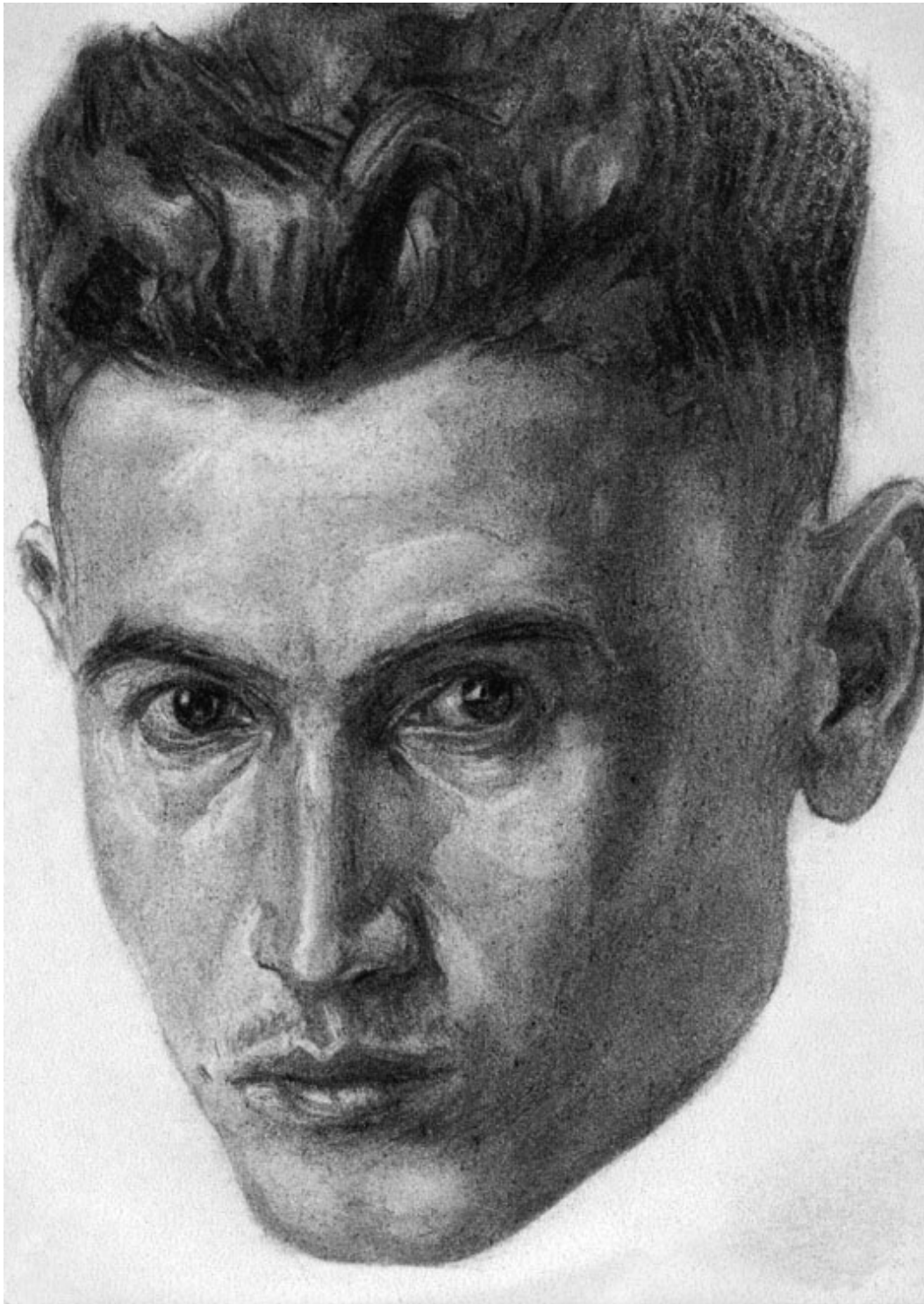
El rictus de la cara del general Cruz se ha tornado amargo. Vive ahora momentos de pesadumbre.

“¿Qué me reprochan? ¿Que obedecí las órdenes del presidente Calles? ¿Podría no hacerlo como militar? Entonces sí hubiera merecido todas las sanciones porque eso no le está permitido a un soldado con honor.”

—¿Y si usted hubiera sido presidente de la República y hubiera tenido esas mismas vidas en sus manos? —le pregunto a Cruz.

“A lo mejor los fusilo, a lo mejor no. No sé. Lo que sé es que si el presidente Calles no da la orden, no se hace. ¿Y por qué me echan a mí la culpa y me tachan de troglodita y no al capitán Torres, que dio la voz de fuego al pelotón de ejecución? ¿Y por qué no a los cinco soldados que dispararon? Yo, en última instancia, tengo tanta responsabilidad como esos soldados que jalaron los gatillos de sus rifles.”

Qué viejo vemos en este instante a Roberto Cruz. Cómo le pesa la fama pública, cómo vive encadenado a su mente el padre Pro...



*José de León Toral, autorretrato.*

Fue sentenciado a la pena capital, sin juicio previo, por el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón. Curiosamente, años atrás el general Obregón había salvado la vida de su hermano Pablo.



## VII

*Los Mochis, Sin., octubre de 1961.*

Cuando Roberto Cruz habla de José de León Toral, observamos el desdén característico, poco generoso que los hombres de fuerza física fuera de lo común suelen tener hacia quienes están desposeídos de ese tipo de cualidades. Hay menosprecio en la actitud y un mohín en el rostro que todo lo expresa en su lenguaje mudo, mucho más elocuente en esta ocasión que las palabras: “Era un enclenque, un pobre raquítico, un hombre de cuerpo infeliz”.

La cara del general revolucionario ha llegado hasta a contraerse, como si su nariz respirase algún mal olor o contemplasen sus ojos un espectáculo indigno. Tienen cierta comicidad esos aires de remilgo en un hombre de su estatura y corpulencia impresionante, que en nada cambian cuando analiza rasgos de carácter de aquel hombre que sacudió al país la tarde que asesinó a Álvaro Obregón: “Era un fanático, un místico. Yo no supe cómo murió cuando lo fusilaron, pero no me extrañaría que hubiese resistido la prueba con serenidad. Como esa clase de gente vive pensando en la gloria, en la felicidad que le espera más allá si aquí supo cumplir con una determinada manera de ser o una consigna, yo a veces creo que aguarda ese momento hasta con gusto”.

—¿Con gusto, general?

—¿Por qué no? Hasta a eso pueden llegar los mochos. Quieren hacerse víctimas. Se figuran que van al cielo y que una vez en él los van a hacer santos en cuanto lleguen. Y como no desean otra cosa, ya les anda por morir y encaminarse a su paraíso.

¿Cómo habría observado el general, con esa manera de pensar, el fusilamiento de Toral, varios meses después del crimen de Obregón? ¿Habría guardado la misma actitud que cuando la descarga de cinco soldados acabó con Agustín Pro, Segura Vilchis y Tirado? Nos asaltan esos pensamientos y al mismo tiempo una escena vuelve a nuestros ojos. Es un cuadro terrible, tomado en fotografía la mañana en que murieron el sacerdote

jesuita y sus acompañantes. En un ángulo está un hombre: Cruz. Y aunque no constituye su figura el espectáculo central, en cierto modo se agiganta y llega a ser predominante. No podríamos decir que hay regocijo en su semblante, pero tampoco pena. Si dijéramos que se ve indiferente, también mentiríamos. Revela su actitud un estado de ánimo especial, en el que no hay sino matices. Una cierta despreocupación, un relativo desapego por lo que está ocurriendo y a punto de culminar. La orden de “¡fuego!” aún no ha sido dada pero ese “detalle” pertenece a otros hombres. El inspector de Policía tiene cosas distintas de qué ocuparse. Y no precisamente porque sean importantes, sino porque él es así, porque forman parte de sus hábitos y gustos personales.

Vemos en la fotografía el puro que fuma, quizá no con especial deleite ni con fruición, pero que está ahí, entre sus labios, que habla casi sensualmente de ese hombre que va a seguir viviendo y que con ese acto tan simple, tan elemental, se coloca todavía más lejos, infinitamente lejos de aquellos otros que están a punto de ser fusilados. Si puede fumar como lo hace, también puede pensar en otras cosas, quizá hasta en agradables placeres. Entonces se nos ocurre que con ese puro representa, en estos momentos y en tales circunstancias, algo similar a lo que pudiera significar una novela abierta sobre cuyas páginas estuviesen clavados los ojos del asistente a un sepelio, colocado éste al pie mismo de la fosa.

Pero volvemos a León Toral. Y para él no hay sino estas palabras del general Cruz:

—Dicen que era un loco. No es cierto. ¿Adocenado? Tampoco. No revelaba talento, pero era un hombre como hay muchos. Traía lo suyo y lo suyo era hacerse santo. Por eso mató a Obregón con tanta sangre fría.

Y aquí su rostro ya es otro. No podríamos precisar en qué ha consistido la transformación casi súbita que en él se ha operado. Serán algunas arrugas que aparecen más acentuadas en el semblante, una cierta forma de hablar, la postura del cuerpo, inclinado hacia adelante, como en actitud de extremo interés, o todo junto quizá. Pero el hecho es que asoma a sus 73 años de edad un aire de gran decisión. Vemos el anillo de oro en el anular de la mano izquierda. Está ligeramente abierto, a fin de ampliarlo, sin duda para evitar que oprimiese excesivamente el poderoso dedo.

—Usted supo cómo asesinaron a Obregón, ¿verdad? De la manera más infame. El dizque santo ése logró asistir al banquete que se le ofrecía al presidente electo en el restaurante de “La Bombilla”, en San Ángel. Él era caricaturista. Primero dibujó a algunas personas para disimular. Y cuando ya se sintió tranquilo, se aproximó a Obregón, y aparentando que le enseñaba su retrato, le vació la pistola por la espalda.

Pensamos que va a agregar algo. Y no nos equivocamos. Es un vocablo violento e

intraducible, un insulto definitivo que dispara contra León Toral.

A Roberto Cruz le dieron cuenta, en el comedor de su casa, de la muerte de Obregón. “¡Cómo!” Y quedó viendo, con los ojos muy abiertos y una expresión en que confundíanse sentimientos de asombro, incredulidad, ansia, rabia y desconcierto, la boca de quien le comunicaba la noticia. “¡Cómo!” Y ahora fue un grito muy distinto, el del hombre que comprende cabalmente, y a toda velocidad salió rumbo a la Inspección de Policía.

Ya en ella, su primera providencia fue montar una escolta de 200 hombres que protegiera la vida de León Toral, “para que continuase vivo y no perdiéramos los hilos de la investigación”. Mil o dos mil personas estaban afuera del edificio de la Comisaría y clamaban venganza. Querían linchar al asesino. A veces no llegaban a oídos del general Cruz las palabras, pero sí sordos murmullos que identificaba con una petición: “Sangre, muerte de León Toral”.

Más tarde, estuvo algunos minutos en casa del general Obregón, en lo que fue avenida Jalisco y ahora lleva su nombre. Y poco después, bien entrada la tarde, vio a Toral por vez primera.

Su aspecto era lastimero. Golpeado por todos lados, la camisa cubierta de sangre, como si por ella hubiese sido pasada una esponja empapada en tinte de rojo encendido. Pero no temblaba. Mostrábase como un hombre que está dispuesto a soportarlo todo, que ya no confía en los humanos, pero que se atiene a sus fuerzas, a reservas que genera y fermenta en su interior. “Por eso yo digo que se comportaba como un fanático, como un místico”, palabras que para el general Cruz se identifican cabalmente en un sentido que él traduce así: “Un desorbitado, un iluso que cree en fantasmas, que corre tras ellos, desbocado; un sujeto que ha ido mucho más allá del simple soñador y puede creer en todo: que las nubes tienen solidez, que el agua puede detenerse en las cuencas de las manos, que de una piedra puede brotar un pan...”

No vio solo a Toral, pues se encontraba junto con Calles y los más destacados obregonistas de entonces, entre quienes recuerda a Aarón Sáenz, a Arturo H. Orcí, Ricardo Topete, Antonio Ríos Zertuche y Luis Benvenuti.

Nadie hablaba en el despacho del inspector de Policía. Todos se comportaban como en un funeral, pero un funeral en el que no había manera de relajar los nervios y llorar en silencio, para uno, con lágrimas que no resbalan por las mejillas ni asoman a los ojos, pero que humedecen el recuerdo del amigo muerto, pues junto a esos sentimientos entretejíanse otros mucho más poderosos en ese instante: odio por el hombre que había causado aquella pérdida.





*Capitán Pablo de León Toral.*

Hermano de José de León Toral, convencido obregonista, se reunió con su familia en dramáticas circunstancias.



Así transcurrieron varios minutos, en tanto pequeña escolta introducía al reo ante el grupo.

Lívido y golpeado apareció Toral. Joven, delgado, pobremente vestido. Pero eso se observaba después, porque primero no había ojos sino para las enormes manchas de sangre en la camisa.

El presidente Calles se dirigió a él. Resonó su voz, solitaria y casi solemne, pero con el mismo timbre que en cualquier jornada ordinaria; tranquila, sin ansiedad, segura, la voz de un hombre en el momento de un día normal:

—¿Cómo te llamas?

—Juan.

Hubo un silencio. Y luego, una segunda pregunta que ahí mismo, en ese cuarto del general Roberto Cruz, sería suficiente para aquellos hombres y acabaría con sus dudas y sospechas, con los rumores y decires que ya surcaban el espacio, pues afirmábase que el presidente Calles había mandado asesinar a Obregón.

—¿Quién te ordenó que mataras al general Obregón?

—Dios.

Calles ni siquiera dirigió una mirada a sus acompañantes. “Lo vi extraordinario, como pocas veces. ¡Qué tamaños de presidente! ¡Qué carácter el suyo! Así respondió, al instante, como los hombres, a las sospechas insinuadas y a las calumnias que ya se difundían”, expresa Cruz con francos arrobamientos de admiración.

Todavía formuló Calles otras preguntas en esa misma forma tranquila, con ese timbre natural de mando que le era tan propio, aunque articulara cada palabra con intencionada suavidad, pero ya no recuerda su jefe policiaco cuáles fueron.

—Ni me importaba saberlo...

Prosigue Cruz, ahora en el tono de quien fundamenta una sentencia:

Todo lo demás que se diga “es falso, rotundamente falso”. Se han urdido mil versiones y ha habido una que, entre todas, ha corrido con mejor suerte y se mantiene viva hasta nuestros días.

Dicen personas que no saben o que mienten de mala fe que cuando Calles le preguntó a León Toral por orden de quién había matado al general Obregón, el asesino, viendo de fijo al presidente de México, contestó con cinco letras: “¡Usted!” ¡Falso, falso! Las cosas son tal y como yo las digo ahora. Hubo testigos. Y así ocurrió. Nada quito ni nada agrego. También se dice que al día siguiente, cuando Calles se reunió de nuevo con los obregonistas, hubo gritos y le faltaron al respeto al presidente de la República. ¡Como si eso hubiese sido posible con un hombre de la personalidad de Calles! ¡Y como si yo, que también estuve presente en esa segunda entrevista, lo hubiera permitido!

Refiere Roberto Cruz que el encuentro con los obregonistas, en Palacio, fue simple y

dentro de un orden estricto, con manifestaciones de luto en todos por la muerte de Obregón, pero sin sobresaltos ni una voz disonante.

Calles se dirigió con esas palabras al grupo que tenía ante sí:

—Ustedes que fueron amigos del general Obregón y que tan cerca de él estuvieron hasta el último momento, quiero que se encarguen de la investigación de este caso. Deseo que la investigación se haga lo más minuciosamente posible, hasta esclarecer los hechos en toda su magnitud. Por lo tanto, díganme ustedes a quién quieren que se nombre inspector de Policía.

Dos o tres voces saltaron al mismo tiempo:

—Al general Ríos Zertuche.

Calles no tuvo entonces sino una expresión, “viéndome a mí”:

—General Cruz: entregue usted la Inspección de Policía al general Ríos Zertuche.

“Así lo hice al día siguiente. Y abandoné la Inspección.”

¿Por qué procedió Calles de esa manera?

“Fue un segundo golpe maestro, después de la entrevista de la víspera con León Toral. Fue la confirmación absoluta, no ya ante los obregonistas, sino ante todo el pueblo de México, de que él nada había tenido que ver con el crimen. Creo yo que, política y psicológicamente, fue perfecto ese golpe de audacia y decisión.”

Y otra vez la expresión admirativa en labios de Roberto Cruz:

“¡Qué hombre fue Calles!”

A las 24 horas de la orden presidencial, el general sinaloense dejó la Inspección de Policía en manos de su sucesor. Pero antes y todavía con ese cargo, fue a Palacio Nacional.

“Recuerdo bien la última entrevista. Estuvimos solos. Yo le pregunté a Calles quién creía él que había ordenado matar al general Obregón, y él me contestó así, sin dudar: ‘el clero’”.

—¿Hay pruebas? ¿Las hubo entonces, general?

—Usted sabe que de esas cosas, desgraciadamente, nunca hay pruebas. Pero esas fueron las conjeturas del presidente Plutarco Elías Calles.

—¿Qué conjeturas?

—Muchas, empezando por el primer atentado contra Obregón en que participó Pro; las continuas informaciones que llegaban a nosotros; el carácter de León Toral y sus relaciones estrechas con religiosos; el temor que tenía el clero de que Obregón siguiera la misma línea que Calles en el conflicto religioso, cuando lo sucediera en la Presidencia de la República. Todo indujo al general Calles a acusar al clero de ese crimen. Lo hizo ante mí en su despacho de Palacio, sin dudarle siquiera.



*El general Francisco R. Serrano, candidato a la presidencia, 1927.*

Con motivo del onomástico del general Carlos A. Vidal, jefe de la campaña electoral de Francisco R. Serrano, se celebró una comida en el restaurante La Bombilla, a la que asistieron Arnulfo R. Gómez, Juan Barragán, Cándido Aguilar —yerno de Carranza—, entre otros.



## VIII

*Los Mochis, Sin., octubre de 1961.*

La frase fue rotunda:

—Que yo sepa, no se les abrió proceso —dijo el general Cruz.

—¿Entonces?

—Se ordenó al general Fox que saliera a recibir al general Serrano y sus compañeros en el camino de Cuernavaca, por Huitzilac, y que los matara ahí mismo.

—¿Cómo lo supo usted?

—Porque me encontraba en el Castillo de Chapultepec cuando me di cuenta de que se habían dado órdenes para que fueran fusilados Francisco Serrano y sus acompañantes. Pude percatarme, y percatarme sin lugar a dudas, porque fue el propio presidente Calles quien me habló para darme esa comisión.

—¿Se negó usted?

—Ante Calles, nadie podía negarse. Le pedí que me relevara del cargo, en vista de que era muy amigo de Francisco Serrano y también hermano masón. Él accedió en una prueba de extraordinaria consideración hacia mí. Entonces dio la orden a Claudio Fox, quien también quería mucho a Serrano.

—Si Calles hubiese ratificado su primera orden, y le hubiese ordenado que lo fusilara, ¿usted lo habría hecho?

—Por supuesto. Calles era el presidente de la República y yo un soldado.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo.

Roberto Cruz recuerda a Francisco Serrano, su compañero de armas. Más que esbelto, flaco y de acentuado atractivo personal. “Bromeaba con todos, era de carácter ligero, alegre y, sobre todo, generoso y hombre bueno. Todos lo queríamos mucho.”

Ministro de la Guerra, gobernador del Distrito en tiempos de Obregón y Calles, jefe del Estado Mayor del primero, “su ahijado”, como le decían muchos, Serrano osó disputarle a Álvaro Obregón la Presidencia de la República. Fueron los tiempos en que

éste prevaricó, hizo a un lado el principio de la “no reelección” y dispuso las cosas para asumir, por segunda vez y de acuerdo con Calles, la Suprema Magistratura.



*Francisco R. Serrano y Enrique Díaz, 3 de octubre de 1927.*

El general Serrano salió del cuartel general de Cuernavaca en calidad de prisionero.





*Francisco R. Serrano traspasa de auto, 3 de octubre de 1927.*

Esa mañana se cumplieron las órdenes dadas desde el Castillo de Chapultepec; este auto no llegaría a la ciudad de México.

—Yo quise salvar a Serrano —refiere Cruz—. Con todo respeto, con el mayor comedimiento le supliqué al presidente Calles: “No fusile usted a Pancho. Ha sido amigo nuestro. La asonada que intentó no tiene importancia ni ha puesto en peligro la estabilidad del gobierno. No lo mate. Depórtelo a Estados Unidos o enciérrelo en Tlatelolco”.

Conversaban el presidente de la República y su inspector de Policía en el Salón del Consejo de Ministros del Castillo de Chapultepec. No estaban sentados, sino de pie y de vez en cuando daban algunos pasos en direcciones indeterminadas. Cerca de ellos, pero a prudente distancia, aguardaban otras personas, entre ellos algunos secretarios de Estado y oficiales del Ejército.

—No lo mate, general —insistía Roberto Cruz.

Pero Calles, inflexible, incapaz en esos momentos de la más leve vibración humana, respondió con voz lenta, al parecer tranquila, pero extremadamente severa por la resolución que la acompañaba:

—No se puede. Un acto de rebelión en contra del gobierno debe reprimirse siempre

con mano de hierro.

Preguntamos a Roberto Cruz cómo observó en ese momento a Calles:

—No estaba altanero ni soberbio. Pero sí insensible, impresionantemente frío.

Nada había que agregar. Y ahí quedó escrita la historia del drama de Huitzilac (más bien dicho, Cruz del Marqués), que nació en una asonada que, por lo que de ella se dijo en aquel entonces, pudo ser aplastada con el dedo meñique, sin mayores esfuerzos y encontrándose sus jefes —según lo precisa Cruz—, con Serrano a la cabeza, en un hotel de Cuernavaca y ni siquiera a campo traviesa, en plan de campaña y con las armas en la mano.

La víspera en que Francisco Serrano y un grupo de sus amigos salieran para Cuernavaca, el general Cruz estuvo con el candidato a la Presidencia de la República y rival político de Álvaro Obregón.

—Ese día platicué largamente con él. Hablamos mucho y reímos, yo como siempre más que él por los chistes que con tanta gracia contaba. No me dijo una palabra de levantamiento de armas o algo que se le pareciera.

Cruz no supo más, por sí mismo. Lo que vivió después, ya lo hemos relatado. Y el resto habría de leerlo el inspector de Policía en parte expedido por el general brigadier José Álvarez, jefe del Estado Mayor Presidencial, y en las declaraciones emitidas por el propio Plutarco Elías Calles.

Informaba el primero:

El general Francisco Serrano, uno de los autores de la sublevación, fue capturado en el Estado de Morelos con un grupo de acompañantes, por las fuerzas leales que guardan aquella entidad y que son a las órdenes del general de brigada Juan Domínguez. Se les formó un consejo de guerra sumarísimo y fueron pasados por las armas.

Los cadáveres se encuentran en el Hospital Militar de esta capital y corresponden a las personas siguientes: general de división Francisco Serrano, generales Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta, Daniel L. Peralta, señores Rafael Martínez, Alonso Capetillo, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Octavio Almada, José Villa Arce, licenciado Otilio González, Enrique Monteverde Jr. y ex general Carlos V. Araiza.

Ya pasados por las armas, como el general brigadier José Álvarez lo había difundido, en la misma edición periodística del 4 de octubre de 1927, afirmaba el presidente Calles: “El gobierno a mi cargo ha dictado desde luego enérgicas declaraciones para batir y aniquilar a estos traidores y puedo asegurar a la nación que, en un término perentorio, quedará extinguido el movimiento y que el general Serrano, con todos los que lo acompañaron, antes de 48 horas estarán en manos del gobierno, pues ya se les persigue activamente”.



*Servicio médico sacando el cadáver de Francisco R. Serrano de una ambulancia, 3 de octubre de 1927.*

El cadáver de Serrano y otras 13 personas fueron trasladados al Hospital Militar de la

capital. Allí se les practicó la autopsia.

Esa noche, Calles recibió en el Castillo de Chapultepec la visita de Álvaro Obregón, convertido desde la víspera, 3 de octubre, en candidato único a la Presidencia de la República. Ahí mismo, hablaría de la “gran fuerza moral del Primer Mandatario de la Nación”.

—¿Le afectó a usted mucho la muerte de Serrano? —preguntamos a Roberto Cruz, tras una pausa.

—Muchísimo.

—¿Censura a Calles?

—No sé, habría que ponerse en su lugar. Es posible que haya estado influenciado por Obregón. Pero, ya ve, no siempre se puede gobernar con ley. Madero quiso hacerlo y no pudo. Si Calles no hubiera sido como fue, quizás a estas alturas todavía estaríamos hablando de que su gobierno fue pusilánime. Y eso no estaría bien.

—Pero, ¿y Serrano, su amigo?

—Sí, Pancho... Cómo lo recuerdo. Una cosa puedo decir de él: fue el hombre más bueno del mundo. Pertenecía a aquellos que se quitan la camisa para dársela a un amigo. ¡Pobre Pancho...!



*Féretro de Francisco R. Serrano, octubre de 1927.*

En el Panteón Francés se llevó a cabo el funeral del candidato.

Queríamos estar seguros y por eso recurrimos en consulta al oficial mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, general Fernando Pámanes Escobedo:

—Un pelotón de ejecución, general, ¿a dónde debe apuntar?

—Al pecho. Al corazón, mejor dicho. Y el tiro de gracia, en la sien.

—¿Siempre?

—¡Siempre! Es una tradición muy vieja en el Ejército.

¿Luego? Luego, resulta impresionante, doblemente impresionante, leer:

El cadáver del general Serrano, colocado sobre una plancha del anfiteatro del Hospital Militar, vestido con un traje color gris a rayas rojas y descalzo, de frente a la puerta de entrada de ese sitio, tenía nueve heridas que podían apreciarse a simple vista, todas causadas por proyectil de arma de fuego. Y de esas heridas, unas aparecían sobre la frente, los pómulos y el mentón; contábanse, además, siete agujeros en el saco, tres de ellos a la altura del corazón, dos en el pecho y los restantes en el bajo vientre.

Rafael Martínez tenía una herida en el ojo izquierdo y otro balazo sobre la mejilla derecha; Augusto Peña, dos balazos en el rostro; Rafael Martínez Escobar, una herida de arma de fuego en el ojo izquierdo; Carlos A. Vidal, un balazo en el pómulo derecho y otros en la caja del cuerpo.

¿Y Alfonso Capetillo? ¿Y Robles? ¿Y Octavio Almada? La misma historia. Un balazo en el cuello, un balazo en el centro de la frente, dos balazos en el rostro, alguno, excepcional, en el pecho y varios en las mejillas. ¿Y Otilio González? Otilio González había recibido un balazo en el corazón, otro en la mejilla izquierda y uno más, ¡detrás de la oreja del mismo lado!

¡Fue Huitzilac! Pero no termina ahí la historia. Hay todavía un capítulo, capítulo mudo que se formó con esas 12 esquelas que, una a una, de tamaños irregulares, pero cubriendo grandes espacios de las páginas de los periódicos del 5 de octubre de 1927, participaban la defunción de 12 mexicanos y pedían se rogara por ellos.



*Roberto Cruz con un miembro de tropa escobarista, 1929.*

Probablemente la decisión de Calles de cesar a Cruz de la investigación del homicidio de Obregón y el asesinato de Serrano fueron el origen de su distanciamiento. Después de su destitución fue nombrado jefe de las Operaciones Militares en Michoacán, pero en cuanto tuvo oportunidad se rebeló contra Portes Gil y participó en la rebelión encabezada por José Gonzalo Escobar.





*Campaña militar contra la rebelión escobarista, 1929.*

Calles vencedor perdonó la vida a Cruz, quien partió al exilio en Estados Unidos. Regresó hasta 1935 y se alejó de la política.

Al centro, en la parte superior de cada uno de los avisos mortuorios, aparecía una cruz, y en la mayoría de ellos, en el de Otilio González, José Villa Arce, Alonso Capetillo, Octavio R. Almada, Carlos A. Vidal, Rafael Martínez de Escobar y Enrique Monteverde leíase: “Falleció en el seno de nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana...”

La esquila del general Francisco R. Serrano, la más grande de todas, daba cuenta de su muerte, así:

“El día tres del presente mes falleció el señor general de División don Francisco R. Serrano.

”Su afligida esposa, madre, hermano, hermanas y demás parientes, lo participan a usted con el más profundo dolor”.

- [1] “¿Por qué nos estás hablando en español, si eres yaqui como nosotros?” Citado en *Roberto Cruz en la Revolución mexicana*, México, Diana, 1976.
- [2] *Roberto Cruz en la Revolución mexicana, op. cit.*
- [3] Colección particular, archivo de Agustín Lara, serie “Como los conocí...”, Miguel Pro.
- [4] Raquel Peguero, *La Jornada*, 4 de julio de 1994.
- [5] Jesús de León Toral, *Recuerdos y comentarios sueltos de mi familia*, tomo I. *Mi hermano Pablo*, Centro de Estudios Históricos José de León Toral, A. C.

Testimonio de Roberto Cruz recogido por el periodista Julio Scherer García, a través de una serie de entrevistas reveladoras de la convulsionada década de 1920, que muestra una visión diferente de la época y sus protagonistas.

Con un prólogo de Ángeles Magdaleno, este libro es un hallazgo formidable, no sólo porque deja ver a uno de los principales generales revolucionarios, sino por el estilo de su escritura y las imágenes que lo acompañan.

Julio Scherer García nació en la ciudad de México en 1926. Fue redactor y director del periódico *Excelsior*, y fundador y director de la revista *Proceso*, cuyo consejo de administración preside. El FCE ha publicado de su autoría *Siqueiros. La piel y la entraña* (2003).



# Índice

Índice	5
Prólogo	8
I	19
II	27
III	34
IV	43
V	56
VI	68
VII	78
VIII	87
Notas	98